

EL CONOCIMIENTO Y LA RELACIÓN CON EGIPTO EN LA CULTURA ESPAÑOLA DESDE 1850 HASTA 1900



Mohamed Mahmoud Abdelkader y Óscar Barrero Pérez
Universidad Autónoma de Madrid

Egipto atrajo la atención de Europa gracias a su excepcional situación geográfica, a su posición internacional situada entre África, el Oriente Árabe y Europa. El mágico País del Nilo se ha distinguido por ser un punto de conexión entre Oriente y Occidente, tanto geográfica como comercialmente, sobre todo después de la apertura del canal de Suez el 17 de noviembre de 1869. Del mismo modo, fue también considerado un punto de confrontación entre Inglaterra y Francia, habiéndose adelantado a ellos el califato otomano. Egipto siempre ha sido un importante punto de encuentro entre Oriente y Occidente. Desde la invasión napoleónica de 1798, este país ha constituido el acceso más importante para los occidentales que buscaban comprender las culturas islámicas. Así, habían encontrado en Egipto una clave para entender estas culturas y, por otro lado, Egipto lograba conservar su excepcional historia nacional a través de estos orientalistas. La cultura y la sociedad egipcia (desde el siglo XIX hasta la actualidad) han sido prolijamente estudiadas a través de la tradición educadora que mantenían los estudios orientales. La mayor parte de las ciencias humanísticas (tales como la arqueología, antropología, historia de la religión, historia de la literatura o historia del arte) se ha ocupado de diferentes aspectos de la cultura egipcia o islámica. Egipto ha estado, además, bajo una fuerte influencia cultural occidental que comenzó en la época de la invasión de Napoleón y, sin embargo, no ha dejado de mantenerse inmersa en su esfera cultural y religiosa islámica.

Por otro lado, la cuestión orientalista también atrajo la atención de los políticos europeos, especialmente la de los de Inglaterra y Francia, las mayores potencias que rivalizaban por repartirse los territorios que perdía el imperio otomano. Dicho reparto se consumó con la invasión de Egipto por parte de Francia en el año 1789 y duraría hasta finales de la Primera Guerra Mundial. Continuó con la posterior invasión de Egipto por parte de Inglaterra en 1889 al crecer la importancia del país



después de la apertura del canal de Suez. Además de la importancia geopolítica y comercial, sin duda los occidentales conservaban su nostalgia por El Cairo, ciudad donde habían contemplado cosas maravillosas que imaginaban semejantes a lo que leían en *Las mil y una noches*. Los occidentales siempre han sido cautivados por el sueño oriental y sus recuerdos en los que se mezclaba la realidad con la imaginación.

En los últimos años del reinado de Mohamed Alí Bajá, que gobernaba en Egipto en nombre del sultán otomano desde 1805 hasta 1848, había recesión en la vida cultural de Egipto y con la llegada de Abbas I, que gobernó Egipto desde 1848 hasta 1854, el país sufrió un declive total. La mayor parte de los efectos secundarios del renacimiento educativo desarrollado por Egipto durante el reinado de Mohamed Alí Bajá propició que se perdieran la influencia y el impacto de las misiones científicas que se habían enviado a Europa. A este caso de recesión política se refiere Raouf Abbas Hamed diciendo que:

Dominó un caso de recesión en la vida política egipcia desde el comienzo del reinado de Mohamed Alí Bajá hasta la segunda mitad de los años sesenta del siglo XIX. Fue un gobernador absoluto dominando totalmente los asuntos internos y externos del país, sin que participaran los hijos de la patria en dirigir los asuntos internos del país de forma activa, con excepción de un pequeño número de ellos; a quienes recibieron una parte de educación en la época de Mohamed Alí se les dio la oportunidad de asumir algunos cargos en las funciones del gobierno y su consiguiente correlación con la clase de los aristócratas turcos, que eran la columna vertebral del aparato administrativo en aquel entonces.¹

Los orientalistas que pudieron visitar Egipto desde 1840 hasta 1900 pretendían describir la imagen de un Egipto “oriental”, es decir, su objetivo se centraba en destacar los barrios populares, los zocos con carpas, las gentes rezando en las mezquitas y la descripción de los maravillosos monumentos de la civilización faraónica.

Durante el reinado de Ismail² (1863-1879), la educación recibió una gran atención por parte del estado, estableciéndose

¹ Abbas Hamed, Raouf, *Taṭawwur al-muṣṭāma‘ al-miṣrī fī l-qarn al-tāsi‘ ‘aṣar* (*El desarrollo de la sociedad egipcia en el siglo XIX*), El Cairo, Editorial Dar Annahda Al Arabiya, 1988, p. 183.

² “La actividad comenzó a recuperarse en la vida política egipcia bajo el gobierno de Ismail, que introdujo una serie de normas europeas modernas de una manera que ha

numerosas escuelas públicas que no solo cubrían los gastos de estudio, sino los de manutención de los estudiantes. Quedó entonces reconstruido el consejo de las escuelas, que había sido abolido durante el reinado de Mohamed Said, y aumentó el presupuesto de la educación gradualmente, y el gobierno volvió a enviar las misiones científicas a Europa, con lo que el número de becarios en el reinado de Ismail llegó a 218 estudiantes, destinados principalmente a estudiar en Francia.

El reinado de Ismail presenció un renacimiento periodístico gracias a algunos escritores de Siria que se refugiaron en Egipto escapando de la tiranía de las autoridades otomanas de su país. Al mismo tiempo, contribuyeron a este renacimiento un buen número de jóvenes egipcios educados y cultos. Igualmente, la presencia de Yāmāl al-Dīn al-Afgānī³ en Egipto ayudó a crear un clima intelectual único y la prensa favoreció la emergencia de una opinión pública en Egipto. Muchos de los discípulos de Yāmāl Al-Dīn Al-Afgani, como Adib Isaac, Abdallah El Nadim,⁴ Yacooob Sanoua e Ibrahim El Muelhy contribuyeron a aquel renacimiento periodístico e intelectual. La prensa floreció durante el periodo de la ocupación británica con el crecimiento del movimiento nacional, se difundió la prensa árabe y creció el número de sus



cambiado un poco la forma de Estado, y permitió a algunos notables egipcios la oportunidad de asumir el cargo de algunas posiciones administrativas importantes, y vio así que sería conveniente complementar la forma del estado moderno con la formación de un parlamento en el que participaran de los notables egipcios en debatir los asuntos internos de una manera ordenada dentro de un marco específico de modo que no afecta a la esencia del gobierno absoluto e impide a que se convierta el Consejo en un Órgano Representativo Constitucional.” Ibidem, p. 184.

³ Yāmāl al-Dīn al-Afgani nació en 1838 y murió el 9 de marzo de 1897; fue un pensador y activista político que recorrió la Persia Kayar, Afganistán, Egipto, la India y el Imperio otomano durante la segunda mitad del siglo XIX intentando conseguir la unidad de la comunidad musulmana para hacer frente al imperialismo de Occidente. Precursor del antiimperialismo, fue uno de los fundadores del modernismo islámico y del panislamismo, y ha sido descrito como “menos interesado en la teología que en organizar la respuesta musulmana frente a la presión de Occidente.” Vali Nasr, (*The Shia Revival: How Conflicts within Islam Will Shape the Future*, New York, Norton, 2006, p. 103). Cuando un año antes de morir fue acusado de haber instigado el asesinato del Sha de Persia Naser al-Dīn, Al-Afgani, después de proclamar su inocencia afirmó: “He luchado, y sigo luchando, por un movimiento reformista en el podrido Oriente, donde me gustaría sustituir la arbitrariedad por la ley, la tiranía por la justicia, y el fanatismo por la tolerancia”. Su mandamiento coránico favorito era: “Dios no cambiará la condición de un pueblo mientras este no cambie lo que en sí tiene”. El Noble Corán, Sura “El Estruendo”, versículo número 11.

⁴ “Abdallah El Nadim era uno de los oradores de la Revolución de Ahmed Orabi que abundantemente denunciaba los malos hechos cometidos frívolamente por los ricos, quienes gastaban sus fortunas y su oro en lo que no vuelve beneficiosamente ni a ellos mismos ni a la patria salvo que con la corrupción, luego aparece su avaricia con los pobres e incluso son avaros con su patria a pesar de lo que habían recaudado de la sangre de los hijos de la patria.” Ibidem, p. 203.



seguidores. Los periodistas que la escribían estaban jugando el papel de los medios de comunicación entre las distintas tendencias políticas y la opinión pública egipcia. Al contrario de lo que sucedió con la prensa, la enseñanza se encogió relativamente bajo la ocupación británica y casi se centró la educación en las escuelas coránicas locales “Alkatatib”. Se limitó así la enseñanza al marco de suministrar a la administración egipcia sus necesidades y las de sus funcionarios. Por otro lado, las autoridades de la ocupación británica estaban atentas a debilitar las influencias francesas en el sistema educativo egipcio y a moderar la lengua árabe, sustituyéndola por la lengua inglesa. De esta forma, la educación era exclusivamente para las clases sociales altas, ya que la enseñanza ya no era gratuita como lo había sido antes, puesto que los alumnos se incorporaban o con gastos completos o con gastos parciales. Esta situación ponía de manifiesto la atención de los ingleses en colocar a los hijos de los ricos para que se vincularan con ellos mismos, sencillamente porque esto les proporcionaba intereses creados para dominar cultural y económicamente las funciones del estado.

La sociedad egipcia en el siglo XIX se componía de tres categorías diferentes: turcos, egipcios y extranjeros. Los turcos representaban la aristocracia gobernante y a su cabeza se colocaba la familia de Mohamed Alí Bajá. Así pues, las altas funciones del estado hasta finales del siglo XIX eran exclusivas de la aristocracia turca, que incluía mezclas de turcos de Asia Menor, Marruecos y los circasianos,⁵ además de los kurdos, sirios, armenios y algunos de los egipcios cercanos a los gobernantes (su número era muy limitado). En la mayoría de los casos de estos últimos, sus amos, con el fin de acostumbrarlos a la vida turca, los obligaban a casarse con las concubinas turcas o circasianas, para que se adaptasen de ese modo a la tradición y al nuevo estilo de vida.

⁵ Los circasianos, cherquesos o cherqueses son un grupo étnico del noroeste del Cáucaso, Circasia, que viven principalmente en la república rusa de Karacháyevo-Cherkesia, donde componen el 11% de la población. Su idioma es el circasiano, que pertenece a la familia Abjasio-Adiguea, también llamada familia caucásica noroccidental de las lenguas caucásicas. Los circasianos emigraron desde Cabardia (en la actual república rusa de Kabardino-Balkaria) entre 1780 y 1825, estableciéndose en los valles altos de los ríos Zelenchuk y Urup. En 1785, el norte del Cáucaso se había convertido en una provincia rusa. En las grandes guerras territoriales subsiguientes entre Rusia, Persia y Turquía, se libraron numerosos e intensos combates en la región del Cáucaso. Los circasianos opusieron una larga resistencia a la dominación rusa y cuando fueron finalmente derrotados en 1864, unos 400.000 resultaron muertos. Más de un millón de circasianos tuvieron que huir de la tierra de sus antepasados e ir a Turquía con tan solo la esperanza de regresar algún día (véase Muhayir (Cáucaso). Según las afirmaciones de muchos historiadores, solo la mitad de ellos llegó a Turquía. Muchos se convirtieron al islam.

A este asunto se refiere Raouf Abbas Hamed diciendo que:

Los turcos se quedaron representando una clase social extraña flotando sobre la superficie de la sociedad egipcia, alejados de todo lo que es egipcio, y están dispuestos a aferrarse a la tradición turca y a utilizar la lengua turca como lengua de habla y comunicación entre la elite excelente de categoría social prestigiosa; se quedaron mirando hacia los egipcios con una mirada de superioridad, la mirada del seguido sobre la del seguidor y considerarán al egipcio por lo alta que sea su categoría social, no nada más que un *fellah* “campesino” destinado al servicio del turco.⁶



Pero la ocupación de cargos públicos y del gobierno por parte de los egipcios propició la apertura de las puertas para su ascensión durante el reinado de Mohamed Said, que gobernó Egipto desde el 24 de julio de 1854 hasta el 18 de enero de 1863. Por su parte, el jedive Ismail hizo que algunos egipcios llegaran a ocupar altos cargos; todo esto, por lo tanto, les permitió relacionarse con los turcos y así pudieron seguir su forma de vida rompiendo hasta cierto punto con su aislamiento del resto de la sociedad egipcia. Estos acontecimientos los impulsaron a compartir lazos de sangre que más tarde se fortalecieron, ya que los altos funcionarios egipcios elegirían mantener vínculos matrimoniales con las familias turcas. Simultáneamente, esta situación condujo a que surgieran vínculos sociales entre los turcos y entre algunos egipcios de la sociedad burguesa y de la clase alta.

Apenas había llegado a su fin el siglo XIX cuando la clase social turca se limitó exclusivamente a la familia de Mohamed Alí Bajá con sus distintas ramas y a algunas familias turcas muy allegadas a ella. A este hecho contribuyó la afluencia de turcos en Egipto durante el reinado de Mohamed Alí Bajá y sus sucesores, que comenzó a limitarse después y hoy en día no existe ya ninguno de los elementos turcos, circasianos o kurdos que eran los componentes de la casta turca (la élite), ya que no aceptaron la inmigración a Egipto. De igual forma, el cese de la importación de los mamelucos desde el reinado de Ismail impidió que esta categoría social fuera abastecida con los recursos humanos necesarios que le garantizaran un crecimiento continuo.

La posesión social de los turcos se vio socavada después de la ocupación británica en 1882, pues las altas funciones guberna-

⁶ Ibidem, p. 174.



mentales eran reservadas para los europeos en general y para los ingleses en particular. Las autoridades de la ocupación se limitaron a encargar las funciones importantes a la nueva generación de los hijos de la élite de la sociedad egipcia o de los turcos, que habían sido educados en universidades o institutos europeos y eran más afines a las ideas de los ocupantes. Algunos de ellos fueron nombrados directores; otros, en cambio, fueron designados como jueces o fiscales en la administración pública, llegando a ser reconocidos en sus cargos.

Mientras, los grandes propietarios agrícolas egipcios y los funcionarios del estado que consiguieron donaciones de terreno agrícola durante el reinado de Mohamed Alí Bajá, así como los descendientes de ambos, aumentaron sus propiedades comprando a los pequeños propietarios rurales o comprando terrenos agrícolas del estado. También las grandes familias de los jeques, los alcaldes y los beduinos mejoraron su situación económica y social de esta manera. Los grandes propietarios egipcios imitaron a los turcos en su estilo de vida, adoptando las apariencias de la civilización europea como ellos. De esta manera, habitaron las ciudades, edificaron palacios siguiendo los modelos modernos, construyeron grandes mansiones y vivieron, al igual que ellos, una vida lujosa. Este fue el motivo por el cual han sido tan fuertemente criticados por los escritores y literatos en sus obras, ya que gastaban sus fortunas en elementos inútiles para la ciudadanía y les exigían que construyesen centros educativos y fábricas para evitar que el país se convirtiera en presa fácil bajo la dominación de la economía europea. Con el paso del tiempo, mientras que los grandes propietarios egipcios aumentaban su número, la comunidad turca estaba decreciendo debido a las circunstancias políticas, económicas y sociales que acontecían en Egipto.

La tercera categoría de los grandes propietarios agrícolas se componía de los extranjeros europeos y sus propiedades se situaban en la zona del Delta y sobre todo en la zona del canal de Suez; asimismo, había algunos grandes propietarios sirios, judíos egipcios y coptos que obtenían nacionalidades extranjeras para beneficiarse de los privilegios que se otorgaban a los extranjeros y para protegerse a la sombra de los gobernantes, asegurando así sus terrenos y demás propiedades de la nacionalización.

La clase media estaba seguida por la clase de los grandes propietarios. Así, la escala social de la segunda mitad del siglo XIX se componía de los medianos propietarios, de los profesionales libres habitantes de las ciudades y de los pequeños funcionarios del gobierno. Los medianos propietarios eran aquellos que pose-

ían como propiedades terrenos con menos de cincuenta *fēdenos* y más de cinco *fēdenos*. Las circunstancias económicas de estos no hacían de ellos una fuerza de valor efectivo en la sociedad rural porque sus propiedades estaban decreciendo, bien por la herencia según la legislación islámica o bien porque perdieron sus terrenos a causa de las deudas. El crecimiento de la clase media ha sido vinculado con el desarrollo de la sociedad de la ciudad en aquel tiempo y se trató de un crecimiento limitado a pesar de los cambios que presenció la época de Mohamed Alí Bajá. Como la ciudad era entonces el centro del gobierno (influida en la segunda mitad del siglo XIX por las nuevas revoluciones), se concentraron en ella los aparatos del estado moderno, su nueva fuerza militar, sus instituciones educativas y sus fábricas modernas; por ese motivo, las ciudades como El Cairo se convertirían en el centro de polarización que unía a la gente para trabajar en los dispositivos del gobierno y en sus instituciones, fuera de manera voluntaria u obligada. A causa de ello, la sociedad de la ciudad conoció la aparición de nuevos grupos de los que antes carecía, como los *Efendis* de los funcionarios del estado, que se convirtieron, debido a su componente nacional y cultural, en la vanguardia de las categorías de la sociedad egipcia aperturista. Las diferentes influencias, fueran internas o externas, de las categorías sociales que más aceptaban lo nuevo junto a sus miembros pudieron desarrollar sus vidas de una nueva forma en lo que respecta al estilo de sus casas, muebles, vestidos y a sus relaciones familiares, asemejándose con esto a la clase aristocrática gobernante. No obstante, algunos de ellos no rompieron con sus vínculos de origen rural, aunque guardaron una fuerte sensación de superioridad con los de las zonas rurales.

Dentro de los profesionales liberales, grupo importante de la clase media radicado exclusivamente en las ciudades, se pueden diferenciar, por un lado, los extranjeros que estaban más vinculados con sus intereses en el país, y, por otro, los egipcios descendientes de origen rural que recibieron su educación en las escuelas superiores en Egipto o en las universidades europeas. Esta clase social bien formada que impulsó los cambios y que pudo incorporarse al estado, eligió mantenerse en el ejercicio de sus profesiones, la abogacía, la medicina o la ingeniería. Todos estos ciudadanos expresaban a finales del siglo XIX los intereses de los habitantes de las ciudades egipcias y jugaron un papel muy importante a la hora de liderar los movimientos de liberación nacional.

El papel de la clase media en la sociedad egipcia de la segunda mitad del siglo XIX estaba muy limitado y, no tuvo la oportu-





tunidad para desarrollar un crecimiento natural dentro de la sociedad urbana debido a la política acaparadora de Mohamed Alí Bajá que sufrieron en particular los profesionales, artesanos y comerciantes. Este gobernante concentró toda la riqueza en manos del estado y cuando se acabó su reinado se acabó también el dominio sobre los asuntos económicos y el sistema de monopolio; comenzó el periodo del libre comercio, pero la clase media preparada pero sin recursos económicos suficientes era incapaz de sustituir al estado en el terreno empresarial, dándose paso así al libre comercio. La clase media era incapaz de entrar al campo para sustituir al estado y se vio obligada a abandonar el terreno del capitalismo europeo. Llegaron las inversiones extranjeras al mercado egipcio y adquirieron los bancos, con las compañías hipotecarias, de servicios públicos, la industria del cigarrillo, el tabaco y los molineros, azucareros y otros campos de inversión retrasando con todo ello la posibilidad de que fuesen los egipcios los que controlaran la economía y que la clase media se incorporara como motor de desarrollo.

Finalmente, encontramos a los *fellahs* en la parte más baja de la pirámide social formando su base ancha. Cuando hablamos de los *fellahs* de entonces nos referimos a quienes tenían en propiedad menos de cinco *fédenos* o los trabajadores agrícolas que no poseían nada. No había mucha diferencia entre los *fellahs* que menos propiedades agrícolas controlaban y los *fellahs* que carecían de propiedades, puesto que ambos estaban por debajo de la línea de la pobreza y no tenían recursos económicos con los que poder financiar los trabajos agrícolas, por lo que tenían que endeudarse con egipcios y extranjeros. Muchos, al no poder pagar sus deudas, perdieron sus propiedades. Asimismo, estos *fellahs* padecían un trabajo forzoso tanto en las propiedades de los amos turcos como en las de los extranjeros, los bajás egipcios o en la excavación del canal de Suez, donde murieron miles sufriendo hambre, sed y epidemias. Además de estas multitudes de *fellahs*, había otra casta trabajadora situada en la base de la pirámide social. Esta casta se formó a finales del siglo XIX y trabajó en las fábricas y en las empresas de capitales extranjeras. Este grupo social se componía de tres elementos esenciales: los *fellahs* que emigraron del campo e ingresaron para trabajar en las nuevas fábricas, los artesanos, que desarrollaron sus experiencias con el avance de la industria cuando las comunidades se volvieron débiles, y los trabajadores extranjeros que vinieron de países en donde se intensificó el conflicto entre el trabajo y el capital. Ambos eran la levadura de la lucha colectiva practicada

por los trabajadores egipcios cuando llegaba a su fin el siglo XIX.

Por todo ello, han contribuido las fuerzas sociales en los acontecimientos que se vivieron tras la crisis financiera de Egipto, y que finalizó con la intervención extranjera en el país. Así cayó Egipto víctima de la ocupación inglesa. Dicha fuerza social contribuyó a la medida de acuerdo con sus intereses y se identificaron sus aspectos negativos y positivos en términos de daños, mediante los intereses o el interés que los benefició como consecuencia de ello.

La sociedad egipcia comenzó a relacionarse con la cultura europea gracias a las escuelas modernas que estaban administradas por europeos y por egipcios que eran enviados en misiones científicas a continuar su formación en el extranjero. Después del reinado de Mohamed otros factores contribuyeron a que el contacto con la cultura europea aumentase: prensa extranjera, aumento del número de escuelas extranjeras, creación de escuelas modernas egipcias. Esta comunicación con la cultura europea se consolidó después del reinado de Mohamed Alí Bajá cuando se añadieron al desarrollo de la enseñanza otros factores como la divulgación de la prensa, las escuelas extranjeras, la creación de las empresas, la excavación y la inauguración del canal de Suez. A estos factores se añade la fuerte inmigración extranjera que contribuyó a estrechar las relaciones con Occidente.⁷

Las ciudades egipcias presenciaron en la segunda mitad del siglo XIX una afluencia de inmigrantes extranjeros, sobre todo en los años sesenta del siglo XIX, como consecuencia de las grandes oportunidades financieras asociadas con el comercio de algodón o los proyectos de desarrollo y urbanización introducidos por Ismail. Después de que la población extranjera se estimara en diez mil personas en la época de Mohamed Alí, esta comunidad creció en 38.653 en 1878 y luego el número se elevó a 112.574 en 1897 y a 151.414 en 1907 (ya en su mayoría vinieron todos de Grecia e Italia).

Aunque siempre existieron vínculos entre España y Egipto debido a la proximidad geográfica y a su papel como puente



⁷ Mohamed Ali Baja contrato a los europeos en la administración de las escuelas y para la enseñanza, pero él estaba contribuyendo al mismo tiempo a no seguir dependiendo de los extranjeros. Por esta misma razón envió a los jóvenes egipcios en misiones para estudiar en Europa. Estas misiones científicas no solamente mejoraron la enseñanza sino que también tuvieron una influencia social no menos importante que los objetivos anteriores. Abbas Hamed, Raouf, *Ta awwur al-muḡtāma' al-mi ʿ šrī fī l-qarn al-tāsi' 'ašar* (El desarrollo de la sociedad egipcia en el siglo XIX), ob. cit., p. 107.



entre Oriente y Occidente, es con la apertura del canal de Suez y con el interés comercial que supone cuando en España aumentan significativamente los contactos con Egipto. No conviene olvidar tampoco el interés que para las élites culturales tienen el islam y Egipto con todas sus demás culturas presentes en su territorio. Para España, el paso por la ruta marítima del canal de Suez gozó de un gran interés tanto comercial como cultural, y su apertura supuso una revolución histórica en los contactos entre la cultura europea y la cultura islámica, que tuvo un carácter especial tras la ruptura del istmo del Suez, que no solamente enlazó el Mediterráneo con el mar Rojo, sino que significó un matrimonio cultural entre Oriente y Occidente. De este modo, existen indudables vínculos históricos que enlazaban ambas culturas en un increíble intercambio de papeles históricos, como si se tratase de un juego de ajedrez entre la cultura europea y la cultura islámica: precedentes y antecedentes, modernidad y atraso, pioneros y continuadores; en esta dualidad de pensamiento de la historia humana, ambas culturas nos muestran un movimiento basculante, que parece oscilar entre dos polos antagónicos y simultáneos: cuando una cultura se eleva, la otra parece bajar. Así, como acabamos de ver, sucede en el siglo IX y así también parece suceder en el siglo XIV, en el que se inicia la vía nominalista de Ockham en el seno de un pujante Renacimiento. A su vez, esto se sincroniza con el retroceso de la cultura islámica, que, tras las Cruzadas, pareció replegarse en las fronteras de su propia identidad y tuvo en Ibn Taymiyya su voz más influyente.

Con el presente estudio se intenta cubrir un vacío y desbloquear un tema en el campo de las visiones nacionales dentro del ámbito del Mediterráneo oriental, además de ver qué nos aportará la historiografía escrita a partir de las fuentes de primera mano que dormitan en los archivos tanto españoles como egipcios. Ante la vista se extiende también un panorama vasto e incitante para el historiador interesado en el proceso de formación de su imaginaria, pues el conflicto, en consecuencia, no quedó cerrado, sino que, por el contrario, sigue abierto, especialmente ahora, cuando España parece reconocer que es también un país del Mediterráneo y que debe volver a su lugar de interacción. Por su parte, Egipto, país concebido geopolíticamente como puente intercultural y como bisagra de civilizaciones, demuestra su carácter internacional.

Nuestra intención ha sido llenar un vacío bibliográfico, revelando las imágenes convencionales que sobre Egipto sobrevivían en el imaginario colectivo de los españoles del siglo XIX. Nos

motivó, además, la curiosidad de constatar cuánta información nueva y cuánta reflexión original suscitó en la bibliografía del tema la relación con Egipto en la cultura española del siglo XIX; tampoco faltaron aquellas opiniones teñidas de lo que Edward Said ha denominado “*orientalismo romántico*”⁸ (Blasco Ibáñez y Gómez Carrillo).



En la memoria histórica de España, se quedó grabada una incesante lucha entre las tres grandes religiones, componentes de la esencia ecuménica española: cristianismo, judaísmo e islamismo. La derrota del reino de los nazaries de Granada, la expulsión de los musulmanes decretada por los Reyes Católicos en 1492 y la expansión del imperio español son evidentes testimonios del crecimiento trascendental y del fanatismo religioso que caracterizó toda esta época teñida de sangre y de intolerancia. Por ello, durante varios siglos, las huellas del islam español yacían profundamente reflejadas en el imaginario, como si de las sombras de la caverna de Platón se tratase, tanto en la cultura como en la lengua o en la historia, también en los manuscritos o en la geografía del arte mudéjar, cuyo gran valor fue reflejado por muy pocos eruditos e investigadores.

Desde los albores de la historia de Egipto, siempre han sido mencionados en las narraciones de la Biblia relatos que enfatizaban las diferencias entre Egipto e Israel, los entramados de los vínculos políticos, comerciales e ideológicos en ocasiones amistosos y muchas veces conflictivos y complejos. Egipto, como una encarnación de la verdad, al mismo tiempo simboliza la oscuridad y el error histórico, debido sobre todo a la esclavitud vivida por los israelitas en Egipto; “el pueblo elegido” quedó varado entre los senos del Egipto Faraónico. Moisés ha sido mencionado en la Biblia como la personificación de la confrontación y el antagonismo entre sus seguidores fieles, que representan “la Verdad Divina”, y los del Faraón de Egipto como representación de “la Falsedad”. Moisés fue presentado como liberador del yugo egipcio, hecho que para Occidente fue el símbolo de la egiptofobia. Su figura bíblica se mantuvo viva durante siglos en la tradición occidental. Se construyó de esta forma una imagen de Egipto que era la antítesis de los ideales occidentales, la imagen de Egipto como la tierra del despotismo, la *hybris*, la brujería, y el culto a los animales y a la idolatría.

Por el contrario, las fuentes clásicas solían ofrecer una imagen muy distinta de Egipto, e incluso una versión muy diferente

⁸ Said, Edward W., *Orientalismo*, Barcelona, Imprenta Liberduplix, 2008.



de la figura de Moisés; pero hasta el Renacimiento, Occidente no participó del conocimiento de los escritos clásicos en la misma medida en la que lo había hecho de la Biblia. Por eso, los relatos de Heródoto, de Halicarnaso, de Diodoro de Sicilia, de Estrabón, de Plutarco o de los demás historiadores y escritores que hablaron con mucha estima y admiración de la tierra del Nilo y del saber de los antiguos egipcios no tuvieron un gran impacto en Occidente, por lo menos durante los primeros catorce siglos de la Era Cristiana. Del mismo modo, la historia de Egipto escrita por Manetón de Sebenitos, sacerdote egipcio del siglo III a.C. para su monarca, Ptolomeo II Filadelfo (284-246 a.C.), y la versión que en ella se daba de Moisés, presentado como un sacerdote egipcio rebelde que se había erigido en líder de una colonia de leprosos, no pudieron competir con la idea del Moisés hebreo del texto bíblico.

A pesar de las connotaciones negativas que Egipto y lo egipcio suscitaban en Occidente, viajar hasta las tierras del Nilo fue en muchos casos un deseo para el cristiano. Asimismo, existían otras referencias bíblicas, como la huida a Egipto de la Sagrada Familia, narrada tanto en el Nuevo Testamento como en otros textos apócrifos (Santos Otero, 1991)⁹, que lo hicieron destino de peregrinaciones cristianas desde la Antigüedad tardía. Así pues, el interés de Europa por lo egipcio conoció un importante estímulo durante el Renacimiento cuando se descubren supuestos “textos egipcios”, como el tratado sobre jeroglíficos de Horápolo, en 1419 en la isla de Andros, en el Egeo, e impreso en traducción latina en 1505, y el *Corpus Hermeticum*, que fue llevado a Italia por un agente de Cosimo de Médicis en 1460, y traducido al latín en 1463 por Marsilio Ficino. Este y otros escritores del Renacimiento como Francesco Colonna o Athanasius Kircher reconstruyeron la filosofía hermética como si fuese la antigua teología y sabiduría de Egipto. Estos autores se sintieron capaces de completar la imagen clásica de Egipto que transmitían los escritos griegos y latinos, casi unánime e inequívocamente egiptofílica, que contrastaba de manera acusada con la visión extremadamente egiptofóbica ofrecida por la Biblia.

La relación cultural de España con Egipto se remonta a tiempos muy lejanos; de modo que se quedó grabada en la memoria de viajeros, estudiosos españoles, gobernantes egipcios. En este

⁹ Santos Otero, Aurelio, *Los evangelios apócrifos. Colección de textos griegos y latinos. Versión crítica, estudios introductorios y comentarios*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1991.

clima, emprendió desde España su aventura hacia Egipto don Antonio de Orleáns, duque de Montpensier, afincado en Sevilla; era el hijo menor del rey de Francia Luis Felipe de Orleáns y estaba casado con la infanta María Luisa, matrimonio del que nacería María de las Mercedes (1860-1878), primera esposa de Alfonso XII (1857-1885). Este viaje de don Antonio de Orleáns fue realizado en 1845 según el relato de su secretario Antonio Latour, publicado en 1849. Aquel viaje coincidió en el tiempo con la magnífica expedición prusiana dirigida por el egiptólogo, lingüista y museógrafo Richard Carl Lepsius (1810-1884), que contaba con la aprobación y el apoyo de Federico Guillermo III de Prusia (1770-1840), quien consiguió para las colecciones de sus museos más de quince mil objetos antiguos que fueron llevados a Berlín y regalados oficialmente por Mohamed Alí Bajá de Egipto entre 1805 y 1848.

La visita a Egipto de don Antonio de Orleáns era de carácter oficial, en calidad de embajador de Francia. Su viaje no tenía la pretensión de ser una expedición científica, pero iba acompañado de dibujantes, pintores y de los primeros fotógrafos, lo que permitió que a su vuelta a Europa pudieran editarse espléndidos grabados y buenas fotografías. Además de los encuentros oficiales con Mohamed Alí Bajá en El Cairo, bien documentados por Antonio Latour, su libro narra la visita a las grandes pirámides de Giza y otras excursiones a diversos lugares de interés arqueológico. La embarcación en la que viajaban remontó el Nilo hasta Asuán, y de regreso visitaron las ruinas de los grandes templos faraónicos de Karnak y Luxor y las tumbas de los antiguos monarcas en el ya por entonces bastante explorado Valle de los Reyes, en el desierto Occidental. Hasta la necrópolis real don Antonio de Orleáns se desplazó a caballo, antes del amanecer.

A medida que se sucedían los hallazgos arqueológicos, las expediciones científicas y la investigación en los museos europeos que adquirirían las grandes piezas faraónicas traídas por exploradores y tratantes de arte a Europa, la idea y la ilusión de viajar a Egipto se fueron extendiendo por amplios sectores de la sociedad europea y acercándose progresivamente a las posibilidades de un mayor número de personas. La indiferencia mostrada por los gobernantes egipcios hacia las antigüedades faraónicas estaba ocasionando la pérdida y dispersión del legado del Antiguo Egipto. La situación llegó a ser tan alarmante que hubo quejas emitidas desde Europa que hicieron variar la actitud de las autoridades egipcias hacia su patrimonio arqueológico. Mohamed Alí Bajá y sus descendientes estuvieron interesados en





mantener buenas relaciones con Europa, especialmente con Francia, que en aquellos años proporcionaba a Egipto la infraestructura y el dinero necesarios para llevar a cabo la modernización del país. Los gobernantes egipcios apoyaron, por tanto, a los científicos europeos, especialmente a los franceses. En 1835 se dieron los primeros pasos para la salvaguarda del patrimonio arqueológico de Egipto. Mohamed Alí, sin duda en aras de abordar de manera diplomática las quejas levantadas en Europa sobre la indefensión del legado faraónico, proclamó el quince de agosto de aquel año un edicto que contemplaba medidas para evitar la salida incontrolada de antigüedades hacia Europa (Reid, 2002: 56-57). En el decreto se especificaba qué antigüedades susceptibles de ser sacadas de forma ilegal del país habían de ser enviadas, para evitar su tráfico, al señor Rifā'a Al-Ṭaḥṭāwī (1801-1873), director de la Escuela de Lenguas ubicada en Ezbekeiya, un barrio situado en las inmediaciones del viejo Cairo, a orillas del lago que le daba nombre. El decreto establecía la construcción de un nuevo edificio junto a la Escuela de Lenguas destinado a albergar y exhibir las antigüedades que fueran reunidas para que así pudieran ser admiradas por los viajeros que visitaran el país, sin sugerirse otra posible audiencia interesada. Como supervisor de este planeado museo, en el que podemos encontrar el embrión del futuro Museo Egipcio de El Cairo, se nombró a Yusuf Diya Efendi, y se estableció que entre las funciones del director estaría la inspección anual de los lugares arqueológicos del Alto Egipto, visita en la que además de supervisar los lugares arqueológicos se recogerían antigüedades que irían ampliando la colección.

Con estos primeros pasos se iniciaron las trayectorias del Servicio de Antigüedades y del Museo Egipcio de El Cairo. Las primeras medidas de protección y de control de las antigüedades estaban dictadas y eran significativas, pero resultaban insuficientes para salvaguardar el legado faraónico. Las dificultades que conllevaba el control de los lugares y objetos arqueológicos en un país de patrimonio tan rico como Egipto eran enormes; entre otras muchas la amplia dispersión de los yacimientos, la localización de muchos de ellos en zonas despobladas o escasamente habitadas, la presencia cada vez mayor de occidentales interesados en llevarse con ellos al final de sus viajes objetos faraónicos, la indiferencia de los egipcios y, sobre todo, la consideración, de acuerdo a la legislación que estuvo vigente hasta 1857, de que las antigüedades eran propiedad del jedive. El mismo Mohamed Alí, poco después de proclamar el decreto mencionado, ordenó

la construcción de dieciocho fábricas de salitre; para la construcción de una de ellas se dinamitó el noveno pilón del templo de Karnak en Luxor.

En 1864, se realizó el viaje a Egipto del español Antonio Bernal, que se detuvo en el país del Nilo de camino a su destino diplomático en Siria y Líbano. En 1876, Antonio Bernal publicó en Madrid *Viaje a Oriente* en dos volúmenes, dedicando el primero de ellos a Egipto. Se trata de un relato costumbrista e impregnado de detalles que incluye la descripción de las grandes pirámides de Guiza y el relato de su visita a estos colosales monumentos. En 1866, pasó por Egipto, camino de Constantinopla, el diplomático don Adolfo de Mentaberry, quien publica sus recuerdos en Madrid en 1873, en el libro titulado *Viaje a Oriente. De Madrid a Constantinopla* con un amplio prólogo de Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897).

Las primeras miradas de la investigación española se dirigieron hacia Egipto en 1867, cuando se creó en Madrid el Museo Arqueológico Nacional mediante Real Decreto de Isabel II (1830-1904), fechado el 20 de marzo. La arqueología estaba presente en el ambiente intelectual de España en aquella época, y el interés por el Antiguo Egipto y por viajar a ese destino eran notables. Como dato de interés podemos recordar que, en 1868, pocos meses después del nacimiento oficial y administrativo del Museo Arqueológico Nacional, el académico don Antonio Balbín de Unquera leyó, ante la Academia Real Española de Arqueología y Geografía del Príncipe Alfonso, el discurso inaugural del año académico titulado “Arqueología Egipcia”.¹⁰

En esta misma línea de intenciones se promovió y llevó a cabo el viaje de la *Fragata Arapiles* al Oriente Mediterráneo. Esta embarcación partió de Nápoles en el verano de 1871 rumbo a Oriente, llevando a bordo una comisión científica dirigida por Juan de Dios de la Rada y Delgado, arqueólogo y conservador del antiguo Departamento de Prehistoria y Edad Antigua del Museo Arqueológico Nacional. La misión de esta expedición era adquirir antigüedades de los ámbitos del Mediterráneo, próximo oriental y egipcio, para aumentar con ellas las colecciones del Museo Arqueológico Nacional. Pero los contratiempos del viaje fueron muchos, causados, en buena medida, por el exiguo presupuesto del que se disponía, insuficiente para cumplir los objetivos previs-



¹⁰ Balbín de Unquera, Antonio, *Arqueología egipcia*. Discursos leídos ante la Academia Real Española de Arqueología y Geografía del Príncipe Alfonso en el acto solemne de la inauguración del año académico 1868, Madrid, s. i., 1868.



tos. En su recorrido por los puertos mediterráneos, la embarcación permaneció dos días en Alejandría, donde los científicos pudieron adquirir la cabeza de una estatua masculina de época ptolemaica que hoy se exhibe en el Museo Arqueológico Nacional.

En aquellos momentos, España vivía una situación tanto política como económica muy delicada, situación que sin duda incidió en el escaso éxito de acciones tan interesantes como la promovida en 1869 por Ruiz Aguilera desde la Dirección General de Instrucción Pública, o el viaje de la fragata *Arapiles*, empresas que manifestaban el interés por la arqueología abierta al Mediterráneo, Oriente y Egipto, y por el estudio de los logros culturales y estéticos de las sociedades antiguas de aquellos lugares. Los monumentos egipcios son eternamente hermosos y por eso Ramiro Amador de los Ríos ha continuado su expedición al Alto Egipto para estudiar en el templo de Luxor los espléndidos orígenes del arte griego; sería él el primer arquitecto español en explorar aquellas regiones y aquellos monumentos entre dificultades y privaciones extraordinarias, por lo que merece que se valoren la entereza y el entusiasmo por el arte que tal resolución supone.

Esta información es relevante a la hora de establecer los primeros pasos dados por estudiosos españoles interesados en el arte y en la arqueología del Antiguo Egipto en las tierras del Nilo. No hablamos ya de viajeros fascinados por Egipto y Oriente, sino de estudiosos de Bellas Artes que emplean su tiempo y los escasos recursos de su pensión para trasladarse a El Cairo y al Alto Egipto, animados por el deseo de estudiar los logros artísticos del Egipto faraónico. La estancia en Egipto de Aníbal Álvarez y de Ramiro Amador de los Ríos ocurrió en momentos muy tempranos de la egiptología. El Museo de El Cairo, estudiado por Aníbal Álvarez, era el ubicado en Bulaq, y estaba dirigido por Auguste Mariette, pues la realidad económica de Egipto, endeudado cada vez más con las naciones europeas, conllevó que el proyecto del Centro de Estudios del Antiguo Egipto que tanto gustaba al jedive Ismail no llegara nunca a realizarse. La esfinge de Gizeh estaba liberada de las arenas del desierto según se percibe en fotografías realizadas en esas fechas, pero el templo de Luxor, cuya arquitectura interesaba a Ramiro Amador de los Ríos para un proyecto de estudio definido (conocer “los espléndidos orígenes egipcios del arte griego”), permanecía aún cubierto de ruinas, arena y escombros, ya que sabemos que el Servicio de Antigüedades Egipcio se ocupó de su limpieza una década más tarde.

De 1873, solo tres años antes de la visita de Ramiro Amador de los Ríos, tenemos la descripción de la visita al templo de Luxor por parte de la británica Amelia B. Edward (1831-1892; Rees, 2000), presente en su afamado libro *A Thousand Miles up de Nile*, publicado en Londres en 1877:



Luxor es un pueblo grande habitado por una mezcla de árabes y coptos; (...) el templo ha formado el núcleo de la ciudad, cuya parte más antigua ha crecido dentro y alrededor de las ruinas. La entrada principal mira al norte hacia Karnak. Las torres gemelas del pilono deterioradas, con las cornisas caídas, y aprisionadas en escombros, son aún grandiosas. En el frente, y a cada lado de la puerta central, hay sentados dos colosos con corona, maltratados, sin cara y enterrados hasta la barbilla (...). A pocas yardas frente a ellos, se levanta un obelisco solitario, también medio enterrado. Los colosos son de granito negro; el obelisco es de granito rojo (...). Su compañero, ya deteriorándose imperceptiblemente bajo las influencias de un clima extraño, observa con indiferencia las pequeñas revoluciones y contrarrevoluciones de la Plaza de la Concorde (...). Tras esta entrada se extiende un intrincado laberinto de callejones y pasadizos ahumados y sucios. Chozas de adobe, palomares de adobe y una mezquita de adobe, están pegados como avisperos dentro y alrededor de las ruinas. Arquitrabes labrados con los títulos reales servían de apoyo a los tejados de escuálidas cabañas. Exquisitos capiteles asomaban por entre cobertizos en los que los búfalos, camellos, burros, perros y humanos convivían en insalubre hermandad. Los gallos cantaban, las gallinas cacareaban, las palomas se arrullaban, los pavos emitían su sonido característico, los niños enredaban, las mujeres cocían el pan y parloteaban, y toda esa rutina sórdida de la vida árabe tenía lugar entre caminos tortuosos que enmascaraban las columnatas y borraban las inscripciones de los faraones. Seguir el plano de esta parte del edificio era entonces imposible...¹¹

Tal y como el director de la Academia de Bellas Artes de Roma, José Casado, indicara en sus informes, los investigadores españoles que visitaron Egipto en aquellas fechas, muy especialmente Ramiro Amador de los Ríos, merecen un gran reconocimiento, máxime cuando conocemos por la misma fuente que llevar a cabo su empresa no hubo de ser sencillo, dadas las priva-

¹¹ Edward, Amalia B., *Mil millas Nilo arriba* (traducción y prólogo de R. Pujol), Barcelona, Editorial Turismapa, 2003, pp. 123-126.



ciones derivadas de la exigua pensión que la Academia ofrecía a sus pensionados y de la realidad del Egipto de aquellos días. Acerca de la aventura que Ramiro Amador de los Ríos realizó en la mágica tierra del Nilo, diríamos que fue una satisfactoria investigación que obtuvo muy alta calificación por la Academia de Bellas Artes de Roma. En aquella época, Egipto seguía atrayendo a la alta burguesía española. Algunos viajes se realizaron por placer o por motivos de trabajo que conllevaban la formación de colecciones de antigüedades, casi siempre de pequeños objetos, que en ocasiones fueron vendidas o donadas al Museo Arqueológico Nacional, el cual fue incrementando así su colección egipcia.¹²

Las colecciones más significativas fueron la de Tomás Asensi, comprada por el Museo en 1876, la de Víctor Abargues, adquirida por el Museo en 1877 y la de Eduardo Toda y Güell, cónsul español en El Cairo entre 1884-1886, que llegó a formar una abundante e interesante colección de antigüedades egipcias, hoy repartidas entre la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer de Vilanova i la Geltrú (Barcelona) y el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Desde su llegada a Egipto, Eduardo Toda y Güell estuvo en contacto con Gaston Maspero, sucesor de Auguste Mariette en el Servicio de Conservación de Antigüedades de Egipto. Toda y Güell se interesó por el conocimiento y el estudio del Antiguo Egipto y Nubia, y era amigo de Maspero, con quien frecuentaba El Círculo de Egiptólogos que residían en aquellos años en El Cairo y en Luxor. En enero de 1886, Eduardo Toda y Güell tomó parte en la expedición al Alto Egipto que todos los años emprendía el Servicio de Conservación de Antigüedades de Egipto, que recorrió las ruinas de Menfis, Saqqara, Asiut y Dendera, deteniéndose algunos días en Tebas, donde Toda llegó a verse involucrado en importantes trabajos arqueológicos, como la excavación de la tumba del noble Sennedyem, en Deir el Medina (Montero Blanco, 1990: 20), realizada bajo su supervisión en enero de 1886, mientras Maspero se ocupaba del desescombros del enorme templo de Luxor, abrumadora tarea que la escritora Amelia Edwards recordó en la edición de su libro *A Thousand Miles up the Nile* de 1891:

¹² Pons Mellado, E., *El redescubrimiento de Egipto por españoles: las primeras colecciones del Museo Arqueológico Nacional*, en Córdoba Zoilo, J. M., y Jiménez Zamudio, R., y Sevilla Cueva, C., *El Redescubrimiento de Oriente Próximo y Egipto. Viajes, hallazgos e investigaciones* (Supplementa ad Isimu. Estudios Interdisciplinares sobre Oriente Antiguo y Egipto, II Series: Acta et Symposia, vol. I), Madrid, 2001, pp. 295-307.

El profesor Maspero durante los dos últimos años de su cargo oficial (...) ha hecho por esta grandiosa reliquia de la época faraónica lo que su predecesor (Auguste Mariette) hizo por el más reciente templo de Edfú. Las dificultades de realización de esta gran empresa fueron tan desmesuradas que al principio parecieron insuperables. Primeramente los *fellahs* rehusaron vender sus casas; Mustafá Aga pidió el exorbitante precio de 3.000 libras por su residencia consular, construida entre las columnas de Horemheb, mirando al río; y no se pudo conseguir el permiso para derribar la mezquita del primer gran patio del templo a ningún precio. Tras doce meses de negociaciones, los *fellahs* fueron expropiados a un precio justo. (...) Alrededor de treinta familias aceptaron abandonar el lugar, aunque ocho o diez se resistían a marcharse a ningún precio. Los trabajos de demolición comenzaron en 1885. En 1886, las pocas familias que se aferraban al lugar, siguieron el ejemplo de las otras; y en el transcurso de la temporada se limpió el templo de lado a lado, quedando tan solo la antigua mezquita dentro del recinto, así como la casa de Mustafá Aga en el lateral del río. Siguió la dimisión del profesor Maspero en 1887, y desde entonces los trabajos fueron supervisados por su sucesor, M. Grébaut, consiguiendo que, en lugar de un sórdido laberinto abarrotado de chozas de adobe, patios, establos, pasadizos y montones de basura, apareciera un noble templo, solo superado por el de Karnak, de grandioso diseño y belleza de proporciones, que ahora ostenta sus avenidas de columnas y realza sus arquivoltas labrados que surgen a lo largo de la orilla del Nilo.¹³



Eduardo Toda y Güell siguió, sin duda, de cerca estos avances de la egiptología. Su interés en la disciplina le llevó a crear los llamados “Estudios Egiptológicos”, serie de publicaciones que recogió hasta tres monografías del citado autor. La intención de Eduardo Toda y Güell era crear en España una Escuela Egiptológica, pero aquella iniciativa no pasó de ser un interesante propósito que lamentablemente no llegó a materializarse. El interés por el Antiguo Egipto quedó también plasmado en la producción científica de otros estudiosos españoles, cuyas obras vieron la luz antes del siglo XX. La egiptología apasionaba en España tanto como en otros lugares de Europa o de América. Durante el siglo XIX, esta disciplina vivió en España una fase inicial en la que destaca el esfuerzo individualizado de algunas, muy pocas, personas y en la que las instituciones apenas partici-

¹³ Edwards, ob. cit., p. 128.



paron. Los logros de esta primera etapa, en la que se dieron los primeros pasos, fueron escasos. Sin embargo, aquellos primeros pasos y aquellos primeros logros fueron suficientemente significativos para mantener viva en España la inquietud por la egiptología, que a día de hoy no ha cesado y que avanza con firmeza.¹⁴

Es efectiva la imagen de Egipto en la literatura española del siglo XIX, y por lo tanto es evidente que hay ciertos vínculos histórico-culturales entre ambos países que se han ido quedando legiblemente plasmados a lo largo de los siglos. De este modo, los autores orientalistas españoles consideraron los temas históricos como una de sus principales fuentes de inspiración y de fascinación, intentando así brindar algún rasgo de interés que atendiese a ciertas circunstancias históricas relacionadas con el legendario Egipto; tales circunstancias se consideran cruciales en el largo camino de la permanente lucha de civilizaciones y, sin duda, uno de los acontecimientos considerado crucial, verdadero y significativo entre Oriente y Occidente fue la apertura del canal de Suez. Las relaciones hispano-egipcias desde 1850 hasta 1900 estaban regidas por dos aspectos esenciales: por una parte, su relación con el Califato Otomano, que sufría una aguda decadencia; por otra parte, España por esas fechas no vivía su mejor momento. Hablo en concreto del periodo que se inicia en el reinado de Isabel II (1833-1868) y los años de la crisis política y constitucional del reinado de Alfonso XIII (1886-1931).

Como Egipto estaba bajo el mando de la Sublime Puerta Otomana, esta era una obligación técnico-histórica que nos hace volver atrás la mirada y contemplar el panorama de las relaciones hispano-turcas durante la segunda mitad del siglo XIX.¹⁵ Sin embargo, según ha explicado el profesor García Gómez en uno de sus prólogos: “La crisis española del siglo XIX y la “Cuestión de Oriente”, no pueden ser comparadas como si se tratara de dos situaciones análogas y rigurosamente simétricas.”¹⁶

¹⁴ López Grande, María José, *El viaje a Egipto. Primeros viajeros españoles y primeras miradas de la investigación española hacia las tierras del Nilo*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2004, pp. 89-101.

¹⁵ En 1898 España como Imperio se quedó podada y reducida a su vieja sede peninsular, más bien arrinconada y tranquila, y por este mismo motivo, el desastre producido fue ante todo espiritual y literario más que político. Pero la situación en el Imperio Otomano era muy distinta ya que sus enemigos no se conformaron tan solo con mutilarlo por fuera, sino que querían acabar con él, despedazarlo por dentro e incluso borrarlo del mapa; por eso, el revulsivo no podía ser literario, sino que más bien fue un desastre político-militar.

¹⁶ Garrigues, Emilio, “Un desliz diplomático. La paz hispano-turca”, *Revista de Occidente*, Madrid (1962), prólogo de E. García Gómez, pp. XV-XVI.

Con este fondo histórico, el tema de las relaciones culturales entre España y Egipto parece ser más diáfano en cuanto al período elegido, 1850-1900, ya que hay un postulado de fondo esencial en nuestro enfoque: el de que las relaciones culturales en épocas de crisis y decadencia de imperios (el imperio otomano musulmán y el imperio español) es un terreno fundamental para indagar en el tema de las percepciones nacionales y sociales recíprocas. Tanto la cuestión de Oriente como la decadencia del Imperio Otomano eran difícilmente contrarrestables y llamaron la atención de muchos estudiosos, hombres de literatura y orientalistas de apariencia diversa en todo el viejo continente, muy en particular desde que estalló la Guerra de Crimea (1853).

Partieron desde España en dirección hacia el Oriente Islámico muchos viajeros, misioneros, conferenciantes del Ateneo de Madrid y escritores que visitaron Egipto, además de otros fantasiosos que nunca estuvieron como José de Castro y Serrano, autor de *La novela del Egipto*. Todos ellos redactaron libros, ensayos, cuentos, novelas, impresiones y memorias que fueron impresas entre 1850-1914, y en las que el tema egipcio encontró un buen asiento y un mejor cultivo. De esta forma, se trataba de recuperar con gran rigor, la imagen española de Egipto en una época ingrata históricamente para ambas naciones del Mediterráneo, para los dos países-puente entre Oriente y Occidente: Egipto por su canal de Suez y España por ser considerada la llave de la gran puerta de Occidente; enlazándose eternamente Oriente y Occidente.

Sin ningún lugar a dudas, la ruptura del istmo de Suez marcó un antes y un después en las relaciones entre Oriente y Occidente y esta apertura del canal tuvo grandes repercusiones a todos los niveles y muy especialmente a nivel socio-cultural, además de comercial. En la segunda mitad del siglo XIX, tomaron la iniciativa en el envío de expedicionarios asociaciones como la fundada para la *Exploración de África* y la *Sociedad Geográfica de Madrid*. Mientras, la apertura del canal de Suez¹⁷ originó una furia literaria tanto en Europa como en el resto de las regiones del mundo. A pesar del impulso recibido por las asociaciones y los mecenas de cierta importancia, las expediciones científicas y



¹⁷ La apertura del canal de Suez fue un acontecimiento de suma importancia que tuvo memorables ecos en la imprenta a gran escala internacional. Véase Bardón y Gómez, Lázaro, *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez y excursión al mediodía de Italia*, Madrid, Imprenta de R. Labajos, 1870; véase también Litvak, Lily, *El Ajedrez de Estrellas. Crónicas de viajeros españoles del siglo XIX por países exóticos (1800-1913)*, Valladolid, Editorial Verde Lis, 2013.



arqueológicas españolas en la zona del Oriente Árabe (sobre todo en Egipto) fueron escasas si las consideramos en comparación con otros países europeos; esto se debe a que el número de españoles residentes en Oriente era mínimo.

A esta escasa participación en los hallazgos arqueológicos y misiones científicas se refiere Víctor Morales Lezcano en relación con los viajeros españoles que han recorrido el Oriente islámico:

En lo concerniente al mundo otomano, árabe-musulmán y extremo oriental, la ciencia geográfica, la arqueología, los estudios filológicos y los inventarios de reconocimientos naturalistas generados por autores españoles en el terreno científico, estos imperios coloniales no dejaron de tener concomitancia con la densidad de sus “saberes orientales y africanos.

Viajeros. Ciertamente es que hubo viajeros españoles al Oriente musulmán a lo largo del siglo XIX. Somos de la opinión, sin embargo, que ni por la calidad de las firmas, ni por el mero número de aquellos que se inspiraron en el país, el paisaje, las costumbres y el arte de las latitudes visitadas, admiten comparación con la nómina de escritores turcomanos y orientalistas que procedían de Alemania, Francia, Inglaterra e Italia.¹⁸

La aportación científica española en este campo cayó en picado desde 1808.¹⁹ Tampoco en las artes plásticas o en la pintura se logró fundar en España nada parecido a la Escuela de Pintura Orientalista Francesa que desde Delacroix (pasando por Fromentin y Gérôme, Renoir y Matisse) hizo del sultán y del serrallo, de la odalisca y del cuerpo de jenizaros, del mercado de esclavas, de las ruinas (*caravan-serrallo*) y de los aspectos exóticos de la vida cotidiana en la medina, los zocos y el gran bazar, los *leit-motiv* de su iconografía.²⁰

Sin embargo, muchos son los viajeros españoles de distinción religiosa y literaria, que, a su vez, nos han dejado memoria de

¹⁸ Morales Lezcano, Víctor, *España y la Cuestión de Oriente*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1992, p. 94.

¹⁹ España había iniciado ya su “tibetanización”, como la bautizó Ortega y Gasset. O sea, el fenómeno de repliegue hispano sobre sí mismo, de desconexión creciente con el progreso ambiental de la Europa más avanzada hacia 1800. La España, en síntesis, que nos narra José Blanco White en sus *Cartas* y que irá cayendo en picado política, militar, económica y culturalmente entre 1808-1898. la España “que desprecia cuanto ignora”. *Ibidem*, p. 112.

²⁰ Litvak, Lily, *El jardín de Aláh. Temas de exotismo musulmán en España (1880-1913)*, ob. cit., en nota 72; véase también Litvak, Lily, *El sendero del tigre. Exotismo en la literatura española de finales del siglo XIX, 1880-1913*, Madrid, Taurus, 1986.

acontecimientos relevantes de la Cuestión de Oriente en el terreno de las descripciones etnográficas, costumbristas, antropológicas e incluso sociopolíticas, como es el caso del Padre Hugolino Masiá Lucas, misionero apostólico en Egipto entre 1853 y 1913 durante la invasión británica. Este religioso analizó la intervención militar de los ingleses en el país faraónico, denunciándola sin tapujos, como causa del endeudamiento del cuerpo social egipcio con el colonialismo europeo triunfante por aquellas fechas.²¹ Además, estos viajeros encontraron inspiraciones en fascinantes ciudades del Oriente Árabe como El Cairo, Jerusalén y Damasco. Los grandes escritores egipcianistas supieron captar con su depurada prosa la atmósfera de su pasado y su presente, de su esplendor perdido, de la melancolía de sus barrios y de sus construcciones célebres. El Cairo, en especial, tuvo muchos antecedentes sobre la sensibilidad de viajeros e ingeniosos escritores, ya que la vida en esta ciudad tiene un especial encanto y una alegría sonora con sus multitudes risueñas, sus jardines floridos y sus paseos umbrosos.

Egipto se convirtió en el punto de mira para los escritores europeos que, en esencia, explorarán tres grandes líneas de investigación: ideológica, antropológica y descriptiva. Estas tres dimensiones son, precisamente, las que se desarrollan en *La novela del Egipto*, uno de los libros narrativos fundamentales que se han publicado hasta la fecha y que aborda la historia y la civilización del país del Nilo desde la época de los faraones hasta la apertura del canal de Suez el 17 de noviembre de 1869. *La novela del Egipto* no es solamente un texto narrativo, sino que debe ser considerada, además, como un documento único, tanto por la precisión de los datos que recoge como por la cantidad de información que aporta, sirviendo al mismo tiempo de guía fundamental para las generaciones venideras del egipcianismo español.

De esta manera, dentro del marco de la producción literaria europea, encontramos que todos estos autores orientalistas adoptan los temas históricos como principal fuente de inspiración; de hecho, hay una gran colección de obras literarias de carácter oriental y con temática principalmente egipcia escritas en castellano. Este signo demuestra, por tanto, que la temática egipcia llegó a su pleno auge en el último tercio del siglo XIX y que el trascendental egipcianismo es un fructífero campo literario e ina-



²¹ Masiá Lucas, Hugolino, *Cartas sobre los sucesos acaecidos en Egipto durante el periodo de la última guerra*, Barcelona, Editorial Jesús, 1883, pp. 52-109 y 121-130.



gotable río de influencias interculturales, pues todos estos autores con sus escritos de temática oriental-egipcia intentaban brindar algún rasgo de interés público que atendiese a ciertas circunstancias históricas consideradas cruciales en las sucesivas oleadas de orientalismo y de mareas socioculturales entre Oriente y Occidente.

A lo largo del siglo XVIII, varios exploradores, viajeros y escritores europeos remontaron el Nilo hasta el Alto Egipto. Uno de los más destacados de aquella época fue el jesuita francés Claude Sicard (1677-1726), que en 1707 identificó por primera vez la antigua Tebas, “Luxor”, con sus principales centros religiosos. Trazó un mapa científico completo desde el Mediterráneo hasta Asuán, en donde determinó y localizó los monumentos más significativos²². También el reverendo inglés Richard Pococke (1704-1765), a quien se atribuye la primera descripción moderna del Valle de los Reyes²³ acompañada de un plano detallado del mismo, aparecido en su libro *Observations on Egypt*, publicado en Londres en 1743²⁴; por su parte, el escocés James Bruce siguió los pasos de Pococke, adentrándose en el Valle de los Reyes y visitando algunas tumbas reales que en su obra *Travels to Discover the Source of the Nile*, aparecida en Edimburgo en 1790, son descritas como «sepulcros magníficos y estupendos». Otro viajero inglés, Williams Georges Browne (1768-1813), visitó Egipto en 1792 y su obra, *Travels in Africa, Egypt and Syria*, nos ofrece los escasos datos que conocemos sobre el interés de los árabes por el Valle de los Reyes. Browne comenta que, en los treinta años previos a su visita, el hijo de un jeque había explorado aquel territorio en busca de tesoros.

Es importante recordar también en esta referencia a los ilustrados viajeros que visitaron Egipto, como el danés y capitán de la marina Frederick Ludwig Norden (1708-1742), quien llevó a cabo largas exploraciones, adentrándose en las tierras de Nubia. Sus viajes quedaron plasmados en su obra *Travels*, bellamente ilustrada y publicada por vez primera en 1751, en la que da a conocer en Europa los monumentos faraónicos. La sociedad europea recibía con mucho agrado los relatos de los protagonistas de aquellos viajes y exploraciones, publicados en grandes

²² Romer, J., *Los últimos secretos del Valle de los Reyes. Una singular aventura arqueológica*, Barcelona, s. i., 1985, pp. 39-40.

²³ Ibidem, pp. 40-41.

²⁴ Reeves, N., & Wilkinson, R. H., *Todo sobre el Valle de los Reyes. Tumbas y tesoros de los principales faraones de Egipto*, Barcelona, s. i., 1999, pp. 52-53.

libros ilustrados que recogían toda la experiencia y conocimientos derivados de su aventura. Aquellas obras eran ventanas abiertas hacia los fabulosos lugares visitados, extraordinarias formas de difusión que inspiraron en muchos de sus lectores el ansia de viajar y de conocer de primera mano las maravillas que en los libros estaban descritas. La publicación de aquellas obras suponía un gran beneficio tanto para el autor como para el editor y, asimismo, con las ilustraciones que realizaban los propios autores o escritores que publicaban para ese fin, emprendían mediante ellas y sus textos el anhelado viaje en el alma de los ciudadanos europeos.



A finales del siglo XVIII (desde junio de 1798 a septiembre de 1801), tuvo lugar la expedición de Napoleón Bonaparte a Egipto, lo que significó el comienzo de los primeros estudios sistemáticos de los monumentos de Egipto y la publicación de una obra formidable, la *Description de l'Égypte*, una extraordinaria enciclopedia sobre el país egipcio, sus gentes, su geografía, su flora, su fauna, su geología y todos los monumentos antiguos y medievales visibles en aquella época, que fueron convenientemente medidos y dibujados por una cohorte de sabios que Bonaparte llevó consigo junto a sus soldados a las orillas del Nilo.²⁵ Los minuciosos estudios realizados durante la Campaña Napoleónica habían sido dados a conocer mediante la divulgación de los exploradores con la finalidad de recuperar a los sabios dispersos por toda la región; estos tenían que incorporarse a las columnas militares hubieran o no terminado el trabajo emprendido. La expedición reunió unas tres mil ilustraciones que fueron la base de los diversos volúmenes de una gran Enciclopedia, la *Description de l'Égypte*, que costó veinte años de trabajo editorial y una suma impresionante a la tesorería francesa, primero bajo Napoleón y más tarde bajo la dinastía restaurada de los Borbones.

La expedición francesa fue una fuente directa para la llegada a Europa de antigüedades egipcias desde su procedencia original en las tierras del Nilo. Muchos objetos antiguos egipcios llegaron a Francia, pero los quince monumentos más importantes que los franceses habían consignado como propiedad científica de la expedición fueron desviados a Londres en virtud del artículo

²⁵ López Grande, María José, *Aventureros, sabios y arqueólogos a la orilla del Nilo. El redescubrimiento del antiguo Egipto*, Madrid, Sociedad Geográfica Española, 2002, pp. 68-70.



XVI del Tratado de Alejandría;²⁶ entre ellos estaba la Piedra de Rosetta²⁷, monumento que iba a ser una pieza inestimable en el desciframiento de la escritura jeroglífica egipcia, labor que, emprendida por diversos sabios, fue brillantemente culminada en 1822 por Jean François Champollion (1790-1832). De la misma manera, cuando la Ilustración iluminó el paisaje intelectual europeo, la cultura árabe parecía adormecida hasta la llegada de los franceses a Egipto. Y decimos *parecía*, con la cautela que impone nuestra misma puesta en guardia ya enunciada respecto a los peligros de toda generalización abusiva y, por tanto, empobrecedora desde el punto de vista intelectual.

Enfocando bien la luz para ver con mejor claridad el estado de la cuestión que estamos investigando, se ve, por una parte, la cultura francesa que acompañaba a los soldados de Napoleón en su Expedición Egiptia y, de otro lado, una cultura árabe en gran medida anquilosada. Sin embargo, no hay que suponer que el encuentro de ambas culturas fuera un suceso con resultados espectaculares y de amplios alcances a todos los niveles; lo cierto es que solamente un pequeño grupo de ilustrados árabes en Alejandría y unos pocos ulemas de la prestigiosa mezquita de Al Azhar supieron ver lo que estaba sucediendo, como lo atestigua el relato de uno de esos intelectuales árabes, el jeque Al Yabarti, y los propósitos del erudito Azhari Hasan Al Attar, cuya intención renovadora se cumplirá en su discípulo Rifā‘a Al-Ṭaḥṭāwī (1801-1873).

El grupo de sabios y científicos que Napoleón llevó a Egipto, además de dedicarse a la explotación de la herencia faraónica con grandes resultados, como muestran los avances en el desciframiento de las escrituras jeroglíficas realizados por Champollion, mostró a los asombrados egipcios de todas las clases sociales que pudieron acceder a sus demostraciones, los descubrimientos relativos a la electricidad natural, la mineralogía y la química en sus elementos primeros, derivados de los descubrimientos que en estos campos habían hecho los franceses en el siglo XVIII. Es esa modernidad, además de la guillotina, la que los franceses presentan a los árabes de forma directa. Otra, tal vez de mayor alcance pero menos espectacular, fue la utilización

²⁶ López Grande, María José, *Configuración y exhibición de la colección de antigüedades egipcias del Museo Británico. Los primeros años: 1756-1924*, Madrid, Editor Universidad Autónoma de Madrid. Departamento de Historia Antigua, Centro Superior de Estudios de Asiriología y Egiptología, 2001, p. 279.

²⁷ Clayton, Peter A, *The Rediscovery of Ancient Egypt. Artist and Travellers in the 19th Century*, London, Published by Thames & Hudson, 1984, p. 26.

de la imprenta como medio rápido para difundir pasquines y boletines de noticias relativas a la ocupación francesa entre los súbditos del Imperio Otomano que, en ese momento, eran los egipcios.

La labor de recopilación de informaciones sobre el pasado faraónico del país del Nilo, llevada a cabo con notable celo y brillantez por el numerosísimo equipo de científicos que acompañaba la expedición napoleónica, así como la creación de un efímero Institut d'Égypte y la publicación de la que sigue siendo una obra cumbre del Viaje a Egipto y de la egiptología, la *Description de l'Égypte* (1809), mostraban el nuevo ímpetu que en el siglo XIX iba a recibir el interés por un país que se había acabado integrando, tal vez a su pesar, en el ámbito de intereses de las potencias occidentales. El eco de esa expedición, además de en los monumentales volúmenes de la *Descripción de Egipto*, puede observarse en los numerosísimos testimonios contemporáneos, cuidadosamente recogidos en un libro reciente por Philippe de Meulenaere.²⁸

De esta forma, la campaña francesa en Egipto ayudó a abrir las vías de comunicación entre Oriente y Occidente y favoreció la activación del movimiento de orientación europea en todos los ámbitos a lo largo del siglo XIX. De dicha participación cabe mencionar los siguientes hechos:

1. El valor artístico, científico y cultural de Egipto atrajo la atención de las sociedades europeas. Aumentó el interés de los artistas y de los escritores orientalistas gracias a la reacción de la parte egipcia después de la publicación de la obra que describía Egipto, y por el activo papel informativo que jugó Occidente a favor de la expansión de la cultura orientalista en Europa.

2. La presencia de la expedición francesa en Egipto ayudó a que llegaran una gran cantidad de alumnos egipcios a diversas partes de Europa hasta la aparición de la etapa de la invasión británica en 1882. Por otro lado, las ventajas que se les brindaban a los orientalistas influyeron en que estos decidieran instalarse en Egipto.

3. La campaña francesa fue la base para la construcción de los organismos científicos, administrativos y tecnológicos en el ámbito de la investigación científica sobre los restos arqueológicos y el entorno urbano y ambiental egipcio. Su método fue imitado por los demás orientalismos, incluso después de finalizada



²⁸ Meulenaere, Philippe de, *Bibliographie raisonnée des témoignages oculaires imprimés de l'expédition d'Égypte*, París, s. i., 1993.



la expedición francesa. Y, por otro lado, persistieron las investigaciones en los centros orientalistas de la sociedad francesa, que continuaron de la misma manera en la mayor parte de los países europeos de la época.

Tras la campaña de Napoleón, Egipto empieza a recibir la visita constante de curiosos y de estudiosos que, al tiempo que contribuirán al nacimiento y a los primeros pasos de la egiptología científica, también serán responsables (no siempre conscientes) de la apropiación de Egipto por parte de Europa. Quien posiblemente mejor ha contribuido a definir esa apropiación ha sido Edward Said en varios de sus trabajos, pero, sobre todo, en su libro *Orientalismo*, que se ha convertido en una de las bases de los estudios poscoloniales, en cuanto que ya allí se analizaban críticamente los mecanismos de producción y diseminación del conocimiento generado por Occidente. Tanto Edward Said como la pléyade de autores que han seguido matizando su postura suelen estar de acuerdo en que en esa apropiación subyace un fortísimo componente de dominio, de deseo colonialista, de ansias de aprehender esa realidad ajena para integrarla en el propio dominio mental e intelectual y, en último término, justificar el imperialismo de las grandes potencias que durante el siglo XIX desarrollaron una política expansionista desconocida hasta entonces y que solo ha remitido (al menos en teoría) durante los procesos de descolonización sucesivos al final de la Segunda Guerra Mundial. Ese discurso orientalista “es un estilo occidental que pretende dominar, reestructurar y tener autoridad sobre Oriente, puesto que se halla construido no sobre la experiencia de Oriente, sino sobre el prejuicio.

La visita francesa de 1798 tendrá, en 1826, su cumplida respuesta cuando una misión de estudiantes turcos y egipcios integrada por oficiales de los ejércitos del jefive Mohamed Alí llega a París para aprender en las academias militares francesas y, de ese modo, contribuir a la modernización del ejército egipcio o, como hemos dicho, tomar como ejemplo la modernidad de las tácticas militares europeas y ponerlas en práctica en los regimientos árabes. Este será el gran momento del citado Rifā‘a Al-Ṭaḥṭāwī, pues él será quien, por consejo del también mencionado Hasan El Attar, tendrá la misión de velar por la buena conducta de los estudiantes árabes en la capital de Francia, estudiantes que no solo eran egipcios, sino también turcos, como correspondía a una región nominalmente ubicada bajo la obediencia a la Sublime Puerta.

Por consejo también de Hasan El Attar, Rifā‘a Al-Ṭaḥṭāwī dedicará su estancia en París a la recopilación del material inte-

lectual susceptible de aportar algo novedoso a la cultura anquilosada de su medio cultural árabe. Así, y a través de lo que el propio escritor refleja en su relato del viaje, titulado *El oro puro para descubrir París*, se nos demuestra que en la capital francesa el escritor árabe lee los tratados de Derecho Natural, la filosofía de la Ilustración, y los combina con sus experiencias en los teatros, los cafés, la prensa diaria y el trato, aunque distante y precavido, con las mujeres francesas.

En el libro, publicado en El Cairo con notable éxito y no poco rechazo por parte de los medios más conservadores de Al Azhar, aparecen reflexiones tomadas de sucesos históricos decisivos relacionados con la historia francesa, como fue la revolución de 1830 de cuyas luchas callejeras fueron testigos los estudiantes árabes. Precisamente, en este mismo año los mismos tuvieron noticia, por la citada prensa diaria parisina, de la entrada de las tropas galas en Argel, con lo que daba comienzo la etapa de la colonización europea primero en el imperio otomano, y, más tarde, en el mundo árabe e islámico. En referencia a este dato debemos señalar esencialmente ese pionero y tímido acceso a la “modernidad” occidental por parte de los árabes, que aparece sustancialmente minado por uno de los residuos más evidentes de la misma: el hecho colonial que, a la postre, para los árabes es y será el lema que rotula lo moderno de un Occidente ambicioso con las materias primas como el hierro, el algodón o el petróleo, que anuncian una invasión eminentemente económica que trasciende la geografía arábigo-islámica para llegar a implantarse en todo el continente africano, la India y Extremo Oriente.

A mediados del siglo XIX, concretamente en vísperas de la apertura del canal de Suez, España aspiraba a mantener estrechas relaciones con Egipto, basadas principalmente en fines exploratorios, científicos, culturales y, sobre todo, objetivos comerciales y económicos, ya que en aquel entonces Egipto representaba el acceso a las rutas de las especias, extensión y difusión del cristianismo, hegemonía política, etc.

Uno de los más celebres egipcios del siglo XIX sin duda fue Rifā'a Al-Ṭaḥṭāwī, hombre singular, porque sus tareas tuvieron grandes repercusiones dentro de la sociedad egipcia de aquel entonces y sus aportaciones renacentistas oscilaban entre la aceptación y el rechazo social. Precisamente, en ese tiempo, tanto en Egipto como en Siria se anunciaba una nueva etapa de su historia denominada como “*Nahda*”, una palabra árabe que significa renacimiento.

Los rasgos de esa “*Nahda*” difieren en lo que respecta a ambos países pero, generalmente, pueden resumirse en un afán de





apertura a Occidente que se manifiesta en la aceptación de lo que aporta al desarrollo cultural y científico y del rechazo a lo nocivo que este mismo desarrollo pueda contener. Así pues, no hay que olvidar que ese despertar fue un fruto inmediato de las aportaciones de Rifā‘a Al-Ṭaḥṭāwī, hombre considerado como un elemento motivador e impulsor a nivel intrínseco dentro de la propia cultura arábigo-islámica, ya que gracias a él y a otros renacentistas de su tiempo se produjo una modernidad intelectual relevante. En pocas palabras, los árabes no descubrían nada nuevo en la cultura europea hasta que estos vinieron a suscitar un impulso adormecido pero genuino y profundamente arraigado en la historia de la cultura arábigo-islámica. Este impulso, en árabe, se define por los términos “tachdid”, que significa renovación, “islah”, que puede explicarse como reforma útil, y muy esencialmente el llamado “ihyá”, que es una vivificación, de profunda raigambre islámica cuyo sentido y alcance fueron expuestos originariamente por el gran filósofo y sabio Al-Gazzali (muerto en el año 1111, cuando en su libro *Vivificación de las Ciencias Religiosas* sentó las bases de una fecunda vía media entre las posturas estrictamente racionalistas y las escuetamente tradicionalistas o fideístas que se manifestaban como antagónicas en su tiempo).

Entre estos intentos de vivificar desde dentro mediante las fuerzas intelectuales y religiosas cabe destacar la gran figura islámica de Ibn Taimiyyah, cuya bandera intelectual islámica fue la que moverá al imán Mohamed Abduh, muerto en el año 1905, para llevar a cabo una de las más decisivas aportaciones a la puesta al día de la cultura árabe en todas sus dimensiones en el siglo XIX, en el seno de un Egipto bajo la ocupación inglesa. En medio de esto, el esfuerzo renovador de Mohamed Abduh se mueve entre dos extremos antagónicos frente a renovación interna y genuina, con el consiguiente dilema intelectual de optar por la integración y la asimilación de formas de vida del colonizador que no rompan con la estabilidad permanente e inmutable de una cultura, la islámica, que no solamente fue predecesora de la europea en cosmovisiones científicas, sino que en los tiempos del reformador egipcio podría haber resultado perniciosa. De hecho, el imán Mohamed Abduh fue quien forjó los cimientos del pensamiento egipcio modernista a finales del siglo XIX.²⁹

²⁹ Las ideas del imán Mohamad Abduh provocaron muchas polémicas en el siglo XIX y asimismo tuvieron grandes ecos en el siglo XX que fueron adoptadas por muchos pensadores egipcios y árabes, pues entre ellos se destacan dos grandes figuras: Salama Musa, quien introdujo las ideas del socialismo teórico en Egipto en 1922, y Ahmed Lutfi El Sayed, quien trató de recuperar la herencia cultural griega mediante la actualización

Mohamed Abduh llegó a ver realizados sus propósitos modernizadores en la obra de su más destacado discípulo, Qâsim Amîn, fallecido en 1908, cuyos escritos definen un tipo especial de modernista árabe-egipcio con sus limitaciones y logros.³⁰

Desde el resurgimiento del islam, Egipto fue visitado y frecuentado por muchos peregrinos que, desde Occidente, especialmente desde Al-Ándalus, viajaban a La Meca. Algunos de aquellos viajeros dejaron en sus escritos comentarios anecdóticos, pero para ellos las antigüedades no representaban un especial interés, ni las ruinas faraónicas ni las obras arquitectónicas, ni las pirámides gigantescas que podían ver a su paso por las tierras del Nilo. El florecimiento del orientalismo español tardó hasta la llegada del siglo XVIII, es decir, a partir del reinado de Carlos III, ya que el monarca quiso fomentar e implantar los estudios del arabismo en España a base de una ideología político-cultural importada de Francia; su afán científico-cultural le hizo importar no solamente los conocimientos desde fuera, sino que incluso promocionó a las personas, dado que en España no había ningún



de las traducciones de Platón y Aristóteles. Los tres pensadores forman un paradigma de lo que podría dar de sí la modernidad del pensamiento árabe en cada uno de sus ámbitos: Abduh será el prototipo del jeque erudito en ciencias islámicas y practicante, en su juventud, de la vía sufi, que por primera vez acierta a ver la posibilidad de armonizar Occidente con el mundo islámico junto a los proyectos panarabistas de su compañero Yâmâl al-Dîn Al-Afgani, muerto en el año 1897.

³⁰ Qâsim Amîn es uno de los más famosos pensadores del siglo XIX: invitó a la liberación de la mujer árabe de la ignorancia y del retraso y se considera como un líder del reformismo social de la época del Renacimiento Árabe del siglo XIX. Qâsim Amîn nació el 1 de diciembre de 1863 de padre turco y madre egipcia del alto Egipto. En el año 1881 se licenció en Derecho en la Escuela Superior de Derecho y Administración de El Cairo, trabajó poco tiempo como abogado, luego viajó a Francia en una estancia científica para completar sus estudios en la Universidad de Montpellier y volvió a Egipto en 1885; se adentró en la vía judicial y en junio de 1882 fue nombrado vicejefe en el Juzgado de Recursos. Luego fue nombrado Consejero Judicial cuando solo tenía veintiún años, siendo el Consejero Judicial más joven de su tiempo. Qâsim Amîn ha sido uno de huéspedes de la tertulia cultural de la Princesa Nasli, que acogía una selección de hombres cultos y políticos egipcios; en aquella época consolidó sus opiniones hacia la idea del desarrollo del pueblo egipcio mediante la liberación de la mujer. Qâsim Amîn comenzó su campaña escribiendo varios artículos sin firma en un famoso periódico; publicó su primer libro, titulado *Los Egipcios*, publicó su famoso libro *La liberación de la mujer* en el año 1899, libro que desató unas oleadas de iras y agudas críticas en la mayoría de los medios de la sociedad egipcia, y en el siguiente año de 1900 publicó Qâsim Amîn el segundo, *La nueva mujer*. Además, ha sido de los primeros que llamaron a la creación de la Universidad Egipcia. Qâsim Amîn se casó en 1884 con la hija del almirante turco Amîn Tâfeek y tuvo dos hijas Zainab y Guilsen. En octubre de 1906 fue secretario de la célebre reunión que se convocó en casa de Saad Zâaglul. Qâsim Amîn formuló su famosa declaración dirigida a la Nación invitando a la contribución de todos en la creación de la Universidad Pública Egipcia (La Universidad de El Cairo); luego asumió el cargo de la Presidencia de la Comisión después de que Saad Zâaglul fuera nombrado Ministro de Conocimientos, y el 15 de abril de 1908 falleció.



especialista en este campo del arabismo. Carlos III fomentó los estudios árabes mediante una subida de sueldo a los funcionarios que conocían el idioma árabe, considerándolo mérito fundamental para el ascenso, pero el principal factor que verdaderamente ayudó al resurgimiento del arabismo español fue la disminución de la censura y del poder de la Inquisición. Pero el conflicto del arabismo en España no se resolvió definitivamente hasta bien entrado el siglo XIX a manos del considerado fundador del moderno arabismo español, el bibliófilo y erudito Pascual de Gayangos. Gayangos se formó esencialmente en las escuelas del orientalismo de París y de Londres, y cuando regresó a España desempeñó la reciente cátedra de Lengua Árabe en la Universidad de Madrid en el año 1843. Por ello, fue la figura del erudito Pascual de Gayangos la que marcará el comienzo de la escuela de los arabistas españoles del siglo XIX, dándole un carácter de honradez científico-cultural, la credibilidad y el calor humano necesarios. Sin embargo, hay que tener en cuenta que en épocas anteriores los intelectuales tanto europeos como españoles se limitaron a estudiar el islam, estimando que lo primordial era el análisis del componente religioso: el mundo árabe, su historia y su cultura eran considerados únicamente como enemigos potenciales para Occidente.³¹

Desde siempre la imagen del Oriente ha estado muy viva en la memoria de Occidente, sobre todo a principios del siglo XIX, como una tendencia general de los viajeros y escritores europeos que sintieron un especial interés hacia el Oriente Árabe, entre los cuales destacaremos a Richard Burton, nacido en Torquay (Devonshire) en 1821 y fallecido en 1890. Explorador inglés de Arabia y África, orientalista y lingüista, Burton formó parte del Ejército Indio-Británico en 1842 y era un buen conocedor de las costumbres y de la lengua árabe, lo que le permitió, bajo el disfraz de “jeque afgano”, peregrinar a La Meca, experiencia que quedó reflejada en *Personal Narrative of Pilgrimage to Al-Medinah & Meca* (1855-1856). En 1854, dirigió una expedición al Este de África penetrando hasta Harar, la “ciudad prohibida” y escribió un libro bajo el título de *First Footsteps in East Africana or An Exploration of Harar* (1856). Poco después,

³¹ Lafuente, Modesto, en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia en el año 1853, decía: “nos lo presentaron por espacio de siglos nuestros antiguos cronistas e historiadores como un pueblo inculto, bárbaro y grosero, mirándolo y haciéndolo mirar solo por el prisma de la religión”, en *Discursos leídos en la sesión pública de la Real Academia de la Historia en la recepción de Don Modesto Lafuente*, Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1853, p. 9.

junto a Speke, buscó unos lagos que creía que existían en el este de África; en este sentido, el descubrimiento más notable fue el lago Tanganika y las orillas Sur del lago Victoria, buscando el nacimiento del Nilo, lo que le llevó a polemizar con Speke, quien creía que habían encontrado el nacimiento del mítico río y que publicó diversas obras sobre esta expedición. Entre ellas, podemos destacar *Lake Regions of Ecuatorial África* (1860). Asimismo, tradujo *Las mil y una noches* (1885-1888), en donde nos demuestra un profundo conocimiento de la cultura islámica. Entre los más importantes libros que escribió Richard Burton citamos *Peregrinación a la Meca*,³² y *Los grandes Lagos de África: viaje de exploración en el África Oriental*.³³

El vizconde de Chateaubriand, François-René (1768-1848), llevado por su espíritu aventurero, marchó a Norteamérica en 1791 con la intención de descubrir el “paso del Noroeste” entre el Atlántico y el Pacífico. Al estallar la Revolución en Francia, se alistó con los emigrados realistas. Adoptó, políticamente hablando, una postura intermedia entre la Revolución y la monarquía. Escribió obras de viajes entre las que destacan *L'Itinéraire de Jérusalem à Paris* debido, tal vez, a su condición de embajador de Inglaterra y de Ministro de Asuntos Exteriores entre 1832 y 1834. No obstante, debemos señalar en su producción alguno de los siguientes títulos: *Minerva: nueva descripción de Tierra Santa, formada según el itinerario del viaje ejecutado en el año 1806 por J. A. de Chateaubriand*³⁴ y la *Nueva descripción de Tierra Santa, formada según el itinerario del viaje ejecutado en el año 1806 por J. A. Chateaubriand de París a Jerusalem y de Jerusalem a París, yendo por Grecia y volviendo por Egipto, Berbería y España*.³⁵

George Moritz Ebers, escritor alemán que nació en Berlín en 1837 y murió en 1898, se dedicó a la literatura egipcia, primero en la Universidad de Jena y después en Leipzig. Visitó Egipto entre 1869-1872, descubriendo el papiro que lleva su nombre. Paralelamente, enseñó egiptología en Leipzig desde 1870 a 1889 y escribió numerosas novelas, muchas de las cuales se desarro-



³² Burton, Richard, *Peregrinación a la Meca*, Traducción de Esteban Hernández y Fernández, Madrid, 2 vols., Biblioteca madrileña, 1874, pp. 15-16.

³³ Burton, Richard, *Los grandes Lagos de África: viaje de exploración en el África Oriental*, Traducción de Esteban Hernández y Fernández, Madrid, Biblioteca madrileña, 1874, 2 volúmenes, pp. 121-122.

³⁴ Olivé, Pedro María de, *Minerva: nueva descripción de Tierra Santa*, Madrid, Imprenta de Núñez, 1817, p. 417.

³⁵ Olivé, Pedro María de, *Minerva: nueva descripción de Tierra Santa*, 2ª ed., Madrid, Imprenta de Núñez, 1828, 2 vols.



llaban en Egipto. Una de sus obras traducida al español es *Egipto*.³⁶

De igual forma, este gran escritor alemán publicó una serie de artículos sobre Egipto bajo el título de “Egipto en imagen y en palabra”.³⁷ Por otro lado, E. V. Gonzenbach escribió un libro titulado *Viaje por el Nilo. Grabados intercalados en el texto dibujados por R. Mainella*.³⁸

Continuando con nuestro repaso, Antoine de Latour, nacido en Saint-Isséix en 1808 y fallecido en 1881, fue preceptor del duque de Monpensier en 1832 y nombrado Secretario en 1843. Publicó las siguientes obras: *Rélation du voyage en Orient du duc de Monpensier* (1847) y numerosos estudios sobre folclore, tradiciones y cultura española, tales como *L’Espagne contemporaine* (1864), *Études sur L’Espagne*. Entre los libros de Antoine de Latour que se escribieron sobre Oriente y que se tradujeron al español, mencionamos *Viaje de S. A. R. Serenísimo duque de Monpensier a Túnez, Egipto, Turquía y Grecia*.³⁹

Alphonse Marie-Louis de Prat de Lamartine nació en Mácon (Borgoña) en 1790 y murió en 1869. Fue nombrado por Talleyrand secretario de la Embajada francesa en Nápoles y Florencia después ocupó un puesto en la Cámara (1833-1840) como diputado independiente. Publicó *Histoire des Girondins* (1847) y se convirtió en uno de los inspiradores de la Revolución de 1848. Se retiró de la política al sucumbir la III República con el golpe de estado de Luis Napoleón. Escribió tanto prosa como poesía, destacando *Les Nouvelles méditations*, *Les harmonies poétiques et religieuses* o *Recueils poétiques*. En relación a las obras de nuestro interés, Alphonse Marie-Louis de Prat de Lamartine fue autor de *Viaje a Oriente*⁴⁰ y *Viaje a Palestina*.⁴¹

³⁶ Moritz Ebers, George, *Egipto*, una obra traducida del alemán por Antonio Bergnes de las Casas, revisada y corregida por Cayetano Vidal Valenciano, Barcelona, Espasa y Cia, 1882, 2 vols.

³⁷ Moritz Ebers, George, *El Mundo Ilustrado: biblioteca de las familias: historia, viajes, ciencia, artes y literatura*, Traducido del alemán por Antonio Bergnes de las Casas, Barcelona, T. I, 1879.

³⁸ Gonzenbach, E. V., *Viaje por el Nilo. Grabados intercalados en el texto dibujados por R. Mainella*, Traducido por D. C. Wellenkamp, Barcelona, Montaner y Simón, 1890, p. 332.

³⁹ Latour, Antoine de, *Viaje de S. A. R. Serenísimo duque de Monpensier a Túnez, Egipto, Turquía y Grecia*, Cartas traducidas por Pedro L. A. Dupoy, Sevilla, El independiente, 1849, V, p. 261.

⁴⁰ Prat de Lamartine, Alphonse Marie-Louis de, *Viaje a Oriente*, Traducido al castellano por Alfredo A. Camas, Córdoba, Moguer y Martí, 1840, I Volumen.

⁴¹ Prat de Lamartine, Alphonse Marie-Louis de, *Viaje a Palestina*, Valencia: J. M. Cervera, 1844, 4 volúmenes.

John Hanning Speke nació en 1827 y murió al disparársele el arma que estaba limpiando en 1864. Fue oficial del Ejército Británico en la India, así como el descubridor del lago Victoria y del nacimiento del Nilo. Viajó con R. Burton, primero a Somalia y después al África Oriental. En 1858 descubrieron el lago Tanganika, y ese mismo año en la expedición de Burton encontraron el mayor lago de África y principal fuente del Nilo. Empezó una expedición con Grant y, a petición de la Sociedad Geográfica para confirmar dicha teoría, alcanzaron el nacimiento del Nilo en 1862, habiendo pasado varios años en el reino de Buganda. Publicó algunos libros sobre sus expediciones como *What led to the Discovery of source of the Nilo* (1864). Entre los libros que escribió Speke sobre el Nilo y que han sido traducidos al español destacamos los siguientes títulos: *Las fuentes del Nilo, exploración del África Oriental*⁴² y *Las fuentes del Nilo, viaje de los capitanes Speke y Grant de Zanzíbar a Alejandría*.⁴³

Henry M. Stanley nació en Denbigh, Gales, en 1841 y murió en 1904. Adquirió la nacionalidad estadounidense y luchó en la guerra civil, primero en el ejército Confederado y después en el de La Unión. Fue enviado como periodista del *New York Herald* en 1868 a la campaña de Abisinia y en 1871 a buscar a David Livingstone; el encuentro con el explorador inglés lo describe en *Cómo encontré a Livingstone* (1872). Regresó a África en 1874 para circunnavegar el lago Tanganika y confirmó con ello que Speke tenía razón con la hipótesis de que el nacimiento del Nilo estaba en aquel lago. Descendió por el río Congo, demostrando que era el mismo que el Lualaba. Viajó desde Zanzíbar al lago Alberto para rescatar a Emin Bajá; a su regreso descubrió las montañas Ruwenzori. Uno de los más importantes libros que escribió Stanley sobre Oriente y que ha sido traducido al español es *En el África tenebrosa: historia de la expedición emprendida en busca y auxilio de Emin gobernador de la provincia ecuatorial Egipcia*.⁴⁴ Entre las publicaciones periódicas de Stanley destacamos “El Continente misterioso”.⁴⁵



⁴² Hanning Speke, John, *Las fuentes del Nilo*, Diario del viaje extractado y traducido por E. H. F., Madrid, Murcia y Martí, Imperenta de la Galería Literaria, 2 vols, Biblioteca Madrileña, 1875, pp. 127-128.

⁴³ Hanning Speke, John, *Viaje de los capitanes Speke y Grant de Zanzíbar a Alejandría*, Valencia, s. i., 1876, p. 222.

⁴⁴ Stanley, Enrique M., *En el África tenebrosa: historia de la expedición emprendida en busca y auxilio de Emin gobernador de la provincia ecuatorial Egipcia*, Traducido por José Coroleu, Barcelona, Espasa y Cia, 1891, 2 h., XX, p. 840.

⁴⁵ Stanley, Enrique M., “El Continente misterioso”, Traducido del inglés por Mariano Blanch. *El Mundo Ilustrado: biblioteca de las familias: historia, viajes, ciencias, artes, literatura*, Barcelona, T. 1, 1879.



El peregrinaje de viajeros españoles al Oriente Árabe, al Creciente Fértil, a Jerusalén y a Egipto fue un hito característico del siglo XIX que continuó como una tradición heredada de los siglos XVII y XVIII. Así que no faltaron nunca religiosos españoles que siguieron, como en el pasado, viajando por el Oriente Islámico. Tal es el caso de Fray Vicente Cuesta, quien viajó en 1870, al igual que otros visitantes que realizaron la misma ruta pasando por las ciudades del Mediterráneo Oriental y haciendo escalas en Alejandría, Haifa, Smirna⁴⁶, que eran de carácter turístico. Abundantes en aquel entonces eran los viajeros españoles que pasaron por el Oriente Islámico. Si bien no tuvieron una difusión social establecida, sí adquirieron, en cambio, un enorme valor y un interés descriptivo innegable. Todo esto fue aplicable para la mayor parte de los escritores españoles y occidentales, ya que muchos de ellos hicieron de la cuenca del Mediterráneo Oriental una Meca de sus aspiraciones y de su romanticismo orientalizado. En este sentido, es conveniente referir que existen dos categorías de viajeros por el Oriente Árabe: 1) la de aquellos viajeros que cuentan con el respaldo de alguna asociación científica o cultural con el fin de llevar a cabo una serie de estudios y la recopilación de un material determinado y 2) la de viajeros y escritores difícilmente clasificables, que recurren o residen en estos exóticos lugares durante períodos más o menos largos.

Como fruto de ello, se elaboraron crónicas, cuentos, relatos y distintos géneros literarios. Los líderes de este campo eran los religiosos cristianos, los curiosos viajeros y los visitantes de los Lugares Santos tanto del islam como del cristianismo en el Oriente Árabe. Pero no todos los viajeros occidentales que pasaron por el Oriente Árabe en general y por Egipto en particular eran escritores de inspiración refinada, de pluma fácil e inteligente, de erudición sólida y de pincelada suelta, sino que hubo mucho amaneramiento a la postre y se inventaron muchos tópicos. No obstante, hubo viajeros de una significativa calidad literaria que, a su vez, recorrieron numerosos países del Oriente Próximo y que contribuyeron muy positivamente al enriquecimiento del acervo de la literatura orientalista española. A estos efectos, debemos resaltar la figura de Vicente Blasco Ibáñez, que fue el novelista que comulgó con la trivialización progresiva del género orientalista. Sin embargo, con sus escritos de carácter populista elevó mucho el nivel de la literatura de viajes inspirada en el mundo islámico.

⁴⁶ Cuesta, Vicente, *Viaje a Tierra Santa*, s. i., 1870, pp. 23-41.

España nunca fue ajena a la fascinación por la civilización de Egipto, y desde los primeros años del siglo XIX existieron muchos viajeros y escritores españoles que recorrieron el Oriente Próximo y Egipto. Entre ellos, destacaremos los nombres que a continuación se detallan. Uno de ellos fue considerado el pionero viajero español hacia Oriente y es el barcelonés Domingo Badía y Leblich. Badía y Leblich nació en Barcelona el 1 de abril de 1767 y murió envenenado en agosto de 1818. Se disfrazó y viajó por todo Oriente y el mundo árabe, incluso entró en la Meca, El Cairo, Damasco, Jerusalén..., etc. Escribió un libro titulado *Alí Bey por África y Asia durante los años 1803-1807*.⁴⁷ I vol: *Viaje por todo Marruecos*. Vol. II: *Viaje por Trípoli, Chipre, Nicosia... Peregrinación a la Meca*. Vol. III: *Dieda, Suez, El Cairo, Damasco, Jerusalén*. Domingo Badía y Leblich es más conocido como Alí Bey El Abbasí, uno de los primeros viajeros occidentales del siglo XIX que recorrió el mundo árabe-musulmán haciéndose pasar por un rico Príncipe Abbasí de Damasco; visitó Egipto además de Marruecos, Trípoli, Grecia, Chipre, La Meca, Palestina, Siria y Turquía. Sus intereses eran de carácter político y científico; era un hombre ilustrado, seguidor de la Revolución Francesa, informador de Manuel de Godoy y partidario de la España de José Bonaparte, por lo que, a la caída de este, hubo de exiliarse a Francia, donde en 1814 publicó el relato de sus viajes.⁴⁸

La obra de Domingo Badía está llena de los detalles políticos de su momento y de datos científicos, pero además ofrece interesantes descripciones de antigüedades de Alejandría y de la zona de Giza que el autor visitó desde El Cairo para poder contemplar las grandes pirámides y la esfinge. A pesar de su interés por aquellos antiguos monumentos, Badía relata que no pudo llegar hasta ellos, pues en sus inmediaciones habitaban forajidos peligrosos, pero los contempló ayudándose de instrumentos como el “telescopio acromático” y el “anteojo militar Dollond” que, en 1806, fecha de su visita a Egipto, eran sin duda sofisticados⁴⁹. Ofrece la descripción de las grandes pirámides, a las que considera “enormes colosos levantados por la mano del hombre” y anota sus reflexiones sobre sus dimensiones y sobre la crono-



⁴⁷ Badía y Leblich, Domingo, *Alí Bey por África y Asia durante los años 1803-1807*, Valencia, Imprenta José Ferrer de Orga, 3º volúmenes, 1836.

⁴⁸ Badía y Leblich, Domingo, *Viajes de Alí Bey el Abbasí*, Madrid, Editorial Compañía Literaria, 1996.

⁴⁹ López Grande, María José, *Relatos y estampas de los viajeros del siglo XIX*, Madrid, Platea, 2004, pp. 80-81.



logía admitida en su momento para aquellas grandes construcciones, demostrando en sus comentarios conocer bien el relato de Heródoto.

Francisco Fereire Barreiro nació en Fachal o en Vilasantar de La Coruña en 1817 y murió en Santiago de Compostela en 1886. Era catedrático de Anatomía y Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Santiago. En relación a la temática orientalista, escribió algunos libros titulados *Santiago, Jerusalén, Roma: diario de una peregrinación a estos y otros Santos Lugares de España o Francia, Egipto, Palestina, Siria e Italia en el año del jubileo de 1875*.⁵⁰

José Heriberto García de Quevedo nació en Coro (Venezuela) en 1819, pasó a Puerto Rico (donde se educó) a los seis años, y después viajó a Francia y España. Se instaló finalmente en Francia, pero viajó por muchos países. Era un gran partidario de la causa de la reina Isabel y sirvió en la Guardia Real. Debido a su puesto como diplomático español, se le nombró Ministro plenipotenciario en el Imperio de la China y en el reino de Annam, donde firmó el tratado de amistad y navegación entre España y Japón (Kanagwa, noviembre 1868). En su vida privada tuvo distintos lances de honor y en 1855 se batió con Alarcón, entonces redactor de *El Látigo*. Poseía conocimiento de varias lenguas extranjeras. Murió en una barricada en los días de “la Commune” de París el 6 de junio de 1871. José Heriberto García de Quevedo publicó sobre Egipto los siguientes artículos periodísticos: “El Cairo”,⁵¹ “Las Pirámides”,⁵² “Recuerdos de viaje”⁵³ y “Viaje desde Alejandría (Bajo Egipto) hasta las Pirámides de Djeesa por Roseta”.⁵⁴

Antonio Bernal de O'Reilly nació en Madrid en 1819 y murió en San Sebastián en 1897. Entre las obras que escribió destaca *Viaje a Oriente. En Egipto*.⁵⁵ Dentro de sus publicaciones perio-

⁵⁰ Fereire Barreiro, Francisco, *Egipto*, libro escrito en colaboración con José María Fernández Sánchez, Santiago, Seminario Conciliar (1880-1882), 3 volúmenes, p. 774.

⁵¹ García de Quevedo, José Heriberto, “El Cairo”, *Semanario Pintoresco Español*, Madrid (1848), pp. 178-180. pp. 178-180.

⁵² García de Quevedo, José Heriberto, “Las Pirámides”, *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, (1848), pp. 202-203.

⁵³ García de Quevedo, José Heriberto, “Recuerdos de viaje”, *Semanario Pintoresco Español*, Madrid (1848), pp. 220-222 y 228-230.

⁵⁴ García de Quevedo, José Heriberto, “Viaje desde Alejandría (Bajo Egipto) hasta las Pirámides de Djeesa por Roseta”, *Semanario Pintoresco Español*, Madrid (1848), pp. 147-148.

⁵⁵ Bernal de O'Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, Prólogo de Mesonero Romanos, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, Imprenta de J. M. Pérez, 1 volumen, 1876.

dicas cabe señalar Crítica: “Viaje a Oriente”, en *La Época*, Madrid, 23 de abril de 1876, y también en *La Época*, Madrid, 12 de junio de 1876.

Francisco Sepúlveda y Ramos, nacido en Salamanca en 1819, cursó Derecho en la Universidad de su ciudad natal y luego siguió la carrera de las armas. Profesor en Zaragoza, en donde comenzó a colaborar en *El Eco de Aragón*, tuvo importantes puestos en la Compañía Transatlántica, en la Compañía General de Tabacos de Filipinas o en el Banco Hispano Colonial. Sobresale desde el punto de vista literario por las narraciones de viajes sobre Egipto, Indostán, China y Filipinas, recogidas en los semanarios de *La Época*, como *El Museo de las Familias*, *El semanario Pintoresco*. Una de sus publicaciones periódicas más relevantes fue: “El Cairo”.⁵⁶

Eduardo Saavedra nació en Tarragona el 27 de febrero de 1829 y murió el 12 de marzo de 1912. En 1847 obtuvo el título de gerente de lengua árabe, en 1851 terminó la carrera de Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos y en 1870 la de Arquitecto; al mismo tiempo cursaba otros estudios privados y oficiales para ampliar sus conocimientos científicos y literarios. Ingeniero de la provincia de Soria e Ingeniero Jefe de Ferrocarriles del Noroeste y profesor de la Escuela de Ingenieros, fue también Consejero de Instrucción Pública y Senador, así como Director General de Agricultura, Industria y Comercio o presidente de “La Sociedad Geográfica de Madrid” y formó parte de la comisión de la Real Academia de Historia encargada de realizar la bibliografía colombina y de los Centros comerciales hispano-marroquíes. Asimismo, ocupó el cargo de director de la Real Academia de la Historia. Entre sus publicaciones periódicas encontramos “Viajes. Las fiestas de inundación en Egipto” (como resultado de su expedición a Egipto, Saavedra escribió un notable libro titulado *El Nilo*); así, la Academia consiguió dar a conocer como primicia a sus lectores una de las más bellas páginas de esta obra destinada a llamar significativamente su atención.⁵⁷

Juan Facundo Riaño y Montero nació en Granada en 1829 y murió en Madrid en 1901. Estudió en las Facultades de Derecho y Filosofía y Letras de Granada y de Madrid; fue catedrático de



⁵⁶ Sepúlveda y Ramos, Francisco, “El Cairo”, *El Museo de las Familias*, Madrid, Tomo 8 (1850), p. 252.

⁵⁷ Saavedra, Eduardo, “Viajes. Las fiestas de inundación en Egipto”, *La academia: Semanario Ilustrado Universal*, Madrid, T. 2, número 6, agosto de 1877, pp. 83-86.



Lengua Árabe, y estudió bajo la dirección de Pascual de Gayangos en la Universidad de Granada. En 1863 obtuvo, mediante oposición, la cátedra de Historia del Arte en la Escuela Diplomática establecida en Madrid, cargo que desempeñó hasta 1888, cuando se le nombró consejero de Estado y Ministro de lo Contencioso. Simultáneamente, ejerció de Director General de Instrucción Pública desde 1881 a 1883. Quizá sea uno de los mejores arqueólogos españoles del siglo XIX. Alguna de sus publicaciones periódicas de tema egipciano es “Apuntes sobre Egipto”.⁵⁸

Adolfo Rivadeneyra nació en Santiago de Chile el 10 de abril de 1841 y murió en Madrid el 5 de febrero de 1882. A los siete años vino a España, estudió en Madrid y amplió sus estudios en Francia, Bélgica y Alemania. Todavía preparándose para la carrera de Ingeniero de la que desistió, ingresó a los veinte años en el cuerpo consular, siendo nombrado intérprete y agregado de la embajada en Beirut, donde aprendió árabe. En 1886 pasó a Jerusalén como cónsul interino y al año siguiente fue nombrado vicecónsul en Ceilán. En 1869 viajó a Egipto para asistir a la inauguración del canal de Suez. El gobierno le mandó en 1873 a Teherán y allí desempeñó los consulados de Singapur y de Mogador. En 1880 habló sobre “La Sociedad Geográfica de Madrid” en “El Congreso de Exploradores de África”, celebrado en Lisboa. Entre los libros que escribió Adolfo Rivadeneyra se cuentan los siguientes títulos: *Viaje de Ceylán a Damasco, Golfo Pérsico, Mesopotamia, ruinas de Babilonia, Nínive y Palmira y cartas sobre la Siria y la Isla de Ceylán*⁵⁹ y *Viaje al interior de Persia*.⁶⁰ Entre sus publicaciones periódicas mencionamos: *Beirut y Damasco*,⁶¹ *Un viaje por Siria*,⁶² *La Mezquita de Hebrón*,⁶³ *Viaje de Ceylán a Damasco*,⁶⁴ en la revista *Cronicón científico popular: revista para todos de novedades y progresos*

⁵⁸ Riaño y Montero, Juan Facundo, “Apuntes sobre Egipto”, *La Revista de España*, Madrid, Tomo 1, 14 de junio de 1870, p. 390.

⁵⁹ Rivadeneyra, Adolfo, *Cartas sobre la Siria y la Isla de Ceylán*, Madrid, Imprenta M. Rivadeneyra, IX, 1871, p. 398.

⁶⁰ Rivadeneyra, Adolfo, *Viaje al interior de Persia*, Madrid, Aribau y Cía, 1880, 3 vols.

⁶¹ Rivadeneyra, Adolfo, “Beirut y Damasco”, *La Época*, Madrid, 25 de agosto de 1865.

⁶² Rivadeneyra, Adolfo, “Un viaje por Siria”, *La Época*, Madrid, 4 de marzo de 1865.

⁶³ Rivadeneyra, Adolfo, “La Mezquita de Hebrón”, *La Esperanza*, Madrid, 16 de diciembre de 1867.

⁶⁴ Rivadeneyra, Adolfo, “Viaje de Ceylán a Damasco”, reseña crítica por Francisco M. Tubito, *La Ilustración de Madrid*, Madrid, Año 2, número 40 (agosto de 1871), pp. 251-253.

científicos e industriales, notables, que ofrecen universal interés e importancia,⁶⁵ *Viaje al interior de Persia*.⁶⁶

Juan Víctor Abargués de Sostén nació en Valencia en el año 1845 y murió en 1920. Se dirigió en 1879 a Etiopía y Egipto remontando el río Nilo en una expedición patrocinada por “La Asociación Española para la Exploración del África”.

Andrés Gregorio y Espala escribió una novela titulada *Del Manzanares al Nilo y al Jordán*.⁶⁷

Vicente Moreno de la Tejera nació en Madrid en febrero de 1848 y murió en diciembre de 1909. Entre sus obras subrayamos los siguientes títulos: *Diario de un viaje a Oriente: Argel, Nápoles, Pompeya y el Vesubio, Sicilia, Grecia, el Archipiélago, Turquía y Egipto: viaje verificado a borde de la fragata de guerra Arapiles*.⁶⁸

Joaquín J. Navarro escribió un libro titulado: *Paseo de la fragata Berenguela por el canal de Suez*.⁶⁹

Eduardo Toda y Güell nació en Reus en 1852, si bien se trasladó a Madrid, donde estudió la carrera diplomática. Fue destinado a China, país en el que permaneció desde 1875 a 1883. A su regreso a España visitó el Japón, Corea y algunas islas de Oceanía. Después marchó a Egipto y atravesó en una caravana de beduinos el desierto desde Nubia hasta la segunda catarata del Nilo. Como consecuencia de sus viajes, en Barcelona organizó distintas exposiciones con los objetos que trajo. La más importante fue la realizada por la “Associació d’Excursions Científiques de Barcelona” y la “Lliga de Catalunya”, mostrando documentos inéditos sobre el viajero español Domingo Badía Leblich (Alí Bey). Como bibliógrafo, ganó el premio de la Biblioteca Nacional en 1887 con su obra *Bibliografía española de Cerdeña*; publicó en 5 volúmenes *La bibliografía española de*



⁶⁵ Rivadeneyra, Adolfo, *Revista Crónica científico popular: revista para todos de novedades y progresos científicos e industriales, notables, que ofrecen universal interés e importancia*, Madrid, Imprenta de Manuel Tello (1872), pp. 444-445.

⁶⁶ Rivadeneyra, Adolfo, “Viaje al interior de Persia”, *La Correspondencia de España*, Madrid, 9-31 de julio de 1882; 1-31 de agosto de 1882; 1-31 de septiembre de 1882; 1-31 de octubre de 1882; 1-30 de noviembre de 1882; 1-31 de diciembre de 1882; 1-20 febrero de 1883.

⁶⁷ Gregorio y Espala, Andrés, *Del Manzanares al Nilo y al Jordán*, Madrid, s. i., 1870, p. 140.

⁶⁸ Moreno de la Tejera, Vicente, *Diario de un viaje a Oriente: Argel, Nápoles, Pompeya y el Vesubio, Sicilia, Grecia, el Archipiélago, Turquía y Egipto: viaje verificado a borde de la fragata de guerra Arapiles*, Madrid, Imprenta Manuel Martínez, 1877, p. 274.

⁶⁹ Navarro Morgado, Joaquín, *Paseo de la fragata Berenguela por el canal de Suez*, Madrid, s. i., 1870.



Italia (1927-1931). A principios del siglo XX, Eduardo Toda y Güell dejó su carrera diplomática para desempeñar un importante cargo en “La Sociedad Comercial Sota, Aznar y Cía”, establecida en Inglaterra. Murió en 1941. Escribió muchos libros sobre Egipto, tal es el caso de *A través de Egipto*.⁷⁰ Entre las publicaciones periódicas de Eduardo Toda y Güell se citan los siguientes: “Lo Califa Hakin: (Egipto)”,⁷¹ “La fiesta de Mahmal: (Egipto)”,⁷² “La felahina: (Egipto)”,⁷³ “El Sr. Toda en Egipto”,⁷⁴ “Excursiones por el Bajo Egipto”,⁷⁵ “A través del Rif”,⁷⁶ “Españoles en Egipto”,⁷⁷ “A través de Egipto”,⁷⁸ “La vida en el celeste imperio”.⁷⁹

Laureano del Busto y García Rivero (Gijón, hacia 1870-Barcelona, 1914) era militar y siguió su carrera en el Cuerpo de Caballería. Heredero de una cuantiosa fortuna, se retiró de la vida militar y se dedicó a viajar por países exóticos y remotos, de los que escribió sus impresiones en libros de viajes. De entre ellos destacamos: *Notas de un viaje por Egipto, Palestina, Libia, Turquía, Hungría-Austria*.⁸⁰

Hugolino Masiá y Lucas escribió los siguientes libros: *Los ritos orientales*,⁸¹ una colección de cartas sobre los ritos que se profesan en Oriente seguida de un itinerario para el viaje a Jerusalén. *Cartas sobre los sucesos acaecidos en Egipto durante el periodo de la última guerra*.⁸² Entre las publicaciones perio-

⁷⁰ Toda y Güell, Eduardo, *A través de Egipto*, Madrid, Ilustraciones de José Riudavets, El Progreso, 1889, XI, 470 págs.

⁷¹ Toda y Güell, Eduardo, “Lo Califa Hakin: (Egipto)”, *Il·lustració catalana*, Barcelona, número 114, julio de 1884, pp. 195-202.

⁷² Toda y Güell, Eduardo, “La fiesta de Mahmal: (Egipto)”, *Il·lustració catalana*, Barcelona, número 119, septiembre de 1884, pp. 282-283.

⁷³ Toda y Güell, Eduardo, “La felahina: (Egipto)”, *Il·lustració catalana*, Barcelona, número 125, diciembre de 1884, pp. 371-374.

⁷⁴ Toda y Güell, Eduardo, “El Sr. Toda en Egipto”, *Revista de Geografía Comercial*, Madrid, número 25-30, julio-septiembre de 1886, págs. 78-81.

⁷⁵ Toda y Güell, Eduardo, “Excursiones por el Bajo Egipto”, *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, Madrid, Año 11, t. 21, número 3, septiembre de 1886, pp. 237-245.

⁷⁶ Toda y Güell, Eduardo, “A través del Rif”, *Revista de Geografía Comercial*, Madrid, número 31, enero de 1887, pp. 127-128.

⁷⁷ Toda y Güell, Eduardo, “Españoles en Egipto”, *Revista de Geografía Comercial*, Madrid, número 35, abril de 1887, pp. 246-247.

⁷⁸ Toda y Güell, Eduardo, “A través de Egipto”, *El Imparcial*, Madrid, 12 de agosto de 1889.

⁷⁹ Toda y Güell, Eduardo, “La vida en el celeste imperio”, *La Época*, Madrid, 15 de abril de 1892.

⁸⁰ Busto y García-Rivero, Laureano del, *Notas de un viaje por Egipto, Palestina, Libia, Turquía, Hungría-Austria*, Gijón, 1898, tipo. A. Blanco, 146 págs.

⁸¹ Masiá y Lucas, Hugolino, *Los ritos orientales*, Madrid, s. i., 1883, VII, 352 págs.

⁸² Masiá y Lucas, Hugolino, *Cartas sobre los sucesos acaecidos en Egipto durante el periodo de la última guerra*, Barcelona, Imprenta de Jaime Jesús, 1883, 230 págs.

dísticas del Padre Hugolino Masiá y Lucas encontramos cartas: “Egipto”⁸³, “Los ritos orientales”⁸⁴, “La guerra de Egipto”.⁸⁵

Nemesio Artola fue corresponsal de *La Iberia* en Egipto, publicó una *Historia Antigua y Contemporánea del canal de Suez*⁸⁶, “Correspondencia de Egipto”⁸⁷ y “Cartas de Egipto”.⁸⁸

Por su parte, Lázaro Bardón y Gómez era Catedrático de Lengua Griega y Rector de la Universidad de Madrid en 1868. Uno de sus más destacados libros fue *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez*.⁸⁹ Rafael García López, entre cuyas publicaciones periódicas se destaca “Egipto, recuerdo de un viaje por este país, guiado por un anciano turco”.⁹⁰ Marcos Laguna escribió un libro titulado *Viaje de los señores duques de Madrid a Egipto y Palestina*.⁹¹ Por otro lado, Domingo Ortiz de Zárate fue autor de *Viaje por el istmo de Suez desde China a Europa*.⁹² Narciso Pérez Reoyo nació en Burgos, se doctoró en Medicina y fue inspector de Sanidad Marítima. Murió en La Coruña el 18 de julio de 1892. De entre su producción literaria, cabe señalar *Viaje a Egipto, Palestina y otros países de Oriente*.⁹³ Además, publicó una reseña a “Viaje a Egipto, Palestina y otros países de Oriente”.⁹⁴

Eusebio de Santos y Atauri, en su *Diario de viaje*, fue el primero que describió el viaje por el istmo de Suez. Murió en Madrid el 21 de enero de 1855. Entre los libros que escribió Eusebio Santos y Atauri destaca *Diario del viaje desde Madrid*



⁸³ Masiá y Lucas, Hugolino, “Egipto”, *La Iberia*, Madrid, 5 de agosto de 1882.

⁸⁴ Masiá y Lucas, Hugolino, “Los ritos orientales”, *La Iberia*, Madrid, 20 de noviembre de 1883. También en Masiá y Lucas, Hugolino, “Los ritos orientales”, *El Siglo Futuro*, Madrid, 2 de enero de 1884.

⁸⁵ Masiá y Lucas, Hugolino, “La guerra de Egipto”, *El Siglo Futuro*, Madrid, 2 de enero de 1884.

⁸⁶ Artola Erroizenea, Nemesio, *Historia Antigua y Contemporánea del canal de Suez*, Madrid, s. i., 1886.

⁸⁷ Artola Erroizenea, Nemesio, “Correspondencia de Egipto”, *La Iberia*, Madrid, 17 de febrero de 1882, 20 de marzo de 1882, 11 de abril de 1882, 19 de mayo de 1882.

⁸⁸ Artola Erroizenea, Nemesio, “Cartas de Egipto”, *La Iberia*, Madrid, 16, 21 de junio de 1882.

⁸⁹ Bardón y Gómez, Lázaro, *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez*, ob. cit., 224 págs.

⁹⁰ García López, Rafael, “Egipto, recuerdo de un viaje por este país, guiado por un anciano turco”, *La España*, Madrid, 30 de junio de (1860).

⁹¹ Laguna, Marcos, *Viaje de los señores duques de Madrid a Egipto y Palestina*, Madrid, Imprenta Vda. de Minuesa y Ríos, 1895, 187 págs.

⁹² Ortiz de Zárate, Domingo, *Viaje por el istmo de Suez desde China a Europa*, Manila, Colegio de Santo Tomás, 1848, 123 págs.

⁹³ Pérez Reoyo, Narciso, *Viaje a Egipto, Palestina y otros países de Oriente*, Lugo, Imprenta de Soto Freire, 1882-1883, 3 vols. Grab. y map.

⁹⁴ Pérez Reoyo, Narciso, “Viaje a Egipto, Palestina y otros países de Oriente”, *La Época*, Madrid, 14 de abril de 1884.



a Manila en las islas Filipinas por la vía del istmo de Suez que de orden del gobierno de S. M. hizo a principios de 1844.⁹⁵ Manuel Scheidnagel, escritor nacido en Mallorca, era Teniente Coronel de Infantería. Colaboró en *La Ilustración del Oriente*, donde se publicaron por primera vez sus *Paseos por el mundo*. Fundador y director de *La España Oriental*, publicó allí su libro de viajes *Paseos por el mundo*⁹⁶ y escribió otro libro titulado *Aquende y allende de Suez*.⁹⁷ Pedro Sousa, entre cuyos libros destaca *Siete años en África: aventuras de un renegado... en Marruecos, Argelia, el Sahara, Nubia, Abisinia*.⁹⁸

José Álvarez Pérez, diplomático, estuvo destinado en el Norte de África, concretamente en Marruecos y Túnez, por lo que escribió *Las cacerías en Marruecos: aventuras auténticas de un español*.⁹⁹ Entre sus obras encontramos también *El país del misterio*.¹⁰⁰ Fernando Amor y Mayor nació en Madrid el 24 de marzo de 1822 y murió en San Francisco (California) el 21 de octubre de 1863. Viajó por Marruecos y escribió un libro titulado *Recuerdos de un viaje a Marruecos*.¹⁰¹ Baltasar de Bacardi y de Janer nació en Barcelona el 22 de mayo de 1814 y murió el 22 de enero de 1888. En vida publicó una relación de sus viajes, en la que daba noticias detalladas y veraces tanto sobre costumbres como sobre los monumentos de los países que visitó. A estos efectos, es el autor de *Itinerario del viaje verificado al Oriente en 1869*¹⁰² y de *Viajes desde el año 1830 a 1887*.¹⁰³

Manuel Torrijos cultivó el género de la novela histórica, en el que alcanzó algún éxito con *La justicia del rey don Pedro* (1858). Como historiador, destacó con *Historia de Marruecos* (1860) y realizó una *Guía del bañista para 1865* (1865). Él mismo murió en los baños de Paracuellos en agosto de 1865.

⁹⁵ Santos y Atauri, Eusebio, *Diario del viaje desde Madrid a Manila en las islas Filipinas por la vía del istmo de Suez que de orden del gobierno de S. M. hizo a principios de 1844*, Madrid, Imprenta Memorial de Ingenieros, XVIII, 1851, 112 págs.

⁹⁶ Scheidnagel, Manuel, *Paseos por el mundo*, segunda edición, Corr. y Aum., Manila, Chfre y Cía, 1888, 300 págs.

⁹⁷ Scheidnagel, Manuel, *Aquende y allende de Suez*, con un prólogo de Juan Puerta y Vizcaino, Madrid, Ramón Angulo, ca. 1890, VIII, 174 págs.

⁹⁸ Sousa, Pedro, *Siete años en África: aventuras de un renegado... en Marruecos, Argelia, el Sahara, Nubia, Abisinia*, Madrid, Cuesta, s. a.

⁹⁹ Álvarez Pérez, José, *Las cacerías en Marruecos: aventuras auténticas de un español*, Madrid, s. i., 1870.

¹⁰⁰ Álvarez Pérez, José, *El país del misterio*, Madrid, s. i., 1875.

¹⁰¹ Amor y Mayor, Fernando, *Recuerdos de un viaje a Marruecos*, Sevilla, s. i., 1859.

¹⁰² Bacardi y de Janer, Baltasar de, *Itinerario del viaje verificado al Oriente en 1869*, Barcelona, Narciso Ramírez y Cía, 1870, 58 págs.

¹⁰³ Bacardi y de Janer, Baltasar de, *Viajes desde el año 1830 a 1887*, Barcelona, s. i., 1870-1887, 845 págs.

Uno de los más destacados libros de Manuel Torrijos es *El imperio de Marruecos, su historia, geografía, topografía, estadística, religión, costumbres, arte*.¹⁰⁴ Francisco de Asís Urrastarezu, profesor de idiomas, escribió y publicó un ensayo etnográfico titulado *Los árabes* (1880). No obstante, el libro más importante de Francisco de Asís Urrastarezu sería *Viajes por Marruecos: descripción geográfica é histórica, usos y costumbres, vida pública y privada, religión, ceremonias... de las diferentes razas o familias que pueblan el imperio. Conocido en el país por Taleb Sidi-Abel-el-Kader-Ben-Edchilali*.¹⁰⁵



Francisco García Ayuso nació en Valverde del Camino (Segovia) en 1835 y murió en 1897. Estudió humanidades en Segovia y en 1859 pasó a Tánger y Tetuán, donde aprendió las lenguas hebrea y árabe. A su regreso a España, entró en el Seminario de Ávila y en 1868 se trasladó a Múnich, donde completó sus conocimientos filológicos, llegando a conocer el siríaco, etíope, turco, arábigo, persa, sánscrito y zendá. A partir de 1870 se dedicó a la enseñanza particular, pero pronto fue nombrado profesor auxiliar en la Universidad, donde obtuvo por oposición la cátedra de alemán. En 1893 ingresó en la Real Academia Española de la Lengua. Fue quizá uno de los mejores filólogos y orientistas españoles del siglo XIX, así como un destacado propagador y traductor de los libros de viajes extranjeros por África y Oriente. Destacamos la relación y la versión de las memorias del explorador escocés David Livingstone. Entre los libros que escribió Francisco García Ayuso, enumeramos los siguientes títulos: *Viajes de Livingstone al África Central desde 1840 a 1873*,¹⁰⁶ *Los descubrimientos geográficos modernos en África y en el Polo Norte*¹⁰⁷, *Viajes de Match y Baines al África del Sur: redactados con sujeción a las memorias y relaciones del mismo doctor*¹⁰⁸, *Viajes de Schweinfurth al*

¹⁰⁴ Torrijos, Manuel, *El imperio de Marruecos, su historia, geografía, topografía, estadística, religión, costumbres, arte*, Madrid, Biblioteca de la Ilustración Universal, 1859, 295 págs.

¹⁰⁵ Asís Urrastarezu, Francisco de, *Viajes por Marruecos: descripción geográfica é histórica, usos y costumbres, vida pública y privada, religión, ceremonias... de las diferentes razas o familias que pueblan el imperio. Conocido en el país por Taleb Sidi-Abel-el-Kader-Ben-Edchilali*, Madrid, R. Labajos, 18??, 252 págs.

¹⁰⁶ García Ayuso, Francisco, *Viajes de Livingstone al África Central desde 1840 a 1873*, Madrid, 1876, Imprenta de F. Maroto e Hijos, 72 págs.

¹⁰⁷ García Ayuso, Francisco, *Los descubrimientos geográficos modernos en África y en el Polo Norte*, Madrid, s. i., 1977, 3 cuad.

¹⁰⁸ García Ayuso, Francisco, *Viajes de Match y Baines al África del Sur: redactados con sujeción a las memorias y relaciones del mismo doctor*, Madrid, Imprenta de F. Maroto e Hijos, 1877, 255 págs.



*África Central: redactados con sujeción a las memorias y relaciones del mismo doctor.*¹⁰⁹ Entre sus publicaciones periódicas citamos: “Los descubrimientos geográficos modernos”¹¹⁰, “Viajes de Livingstone al África Central”¹¹¹, “Relato de Rofs de Trípoli a Lagos a través del desierto de Sahara”¹¹², “Viajes de Schweinfurth al África Central” y “Viajes de Match y Baines al África del Sur”.¹¹³

Eugenio de Ochoa nació en Lezo (Guipúzcoa) el 19 de abril de 1815 y murió el 28 de febrero de 1872. Tradujo al castellano algunas novelas de Víctor Hugo y *El viaje a Oriente* de Lamartine. También existen otros viajeros y escritores españoles que pasaron por Oriente y entre los que destacamos a los siguientes: José Aguirre Matiol, nacido en Valencia en 1842 y fallecido en 1920, viajó por Oriente y Túnez y escribió *De Sagunto a Cartago o impresiones de un viaje a la corte de Túnez*.¹¹⁴ Pedro Antonio de Alarcón y Ariza nació en Granada el 10 de marzo de 1833, viajó por Marruecos y escribió *Diario de un testigo de la guerra de África*.¹¹⁵ Alermón y Dorreguiz cuenta en su producción con *Descripción del Imperio de Marruecos*,¹¹⁶ obra en la que se trata principalmente el tema de las instituciones, usos y costumbres de sus habitantes, así como la topografía del país. En último lugar, hallamos a Juan Álvarez Guerra con *Viajes por Oriente: de Manila a Tayabas*.¹¹⁷

En resumidas palabras, aunque la participación española no fue ni mucho menos tan importante como la francesa y la inglesa, hay un extraordinario aumento del interés de España por Oriente y por Egipto que realizaron viajeros, diplomáticos, escritores y estudiosos.

¹⁰⁹ García Ayuso, Francisco, *Viajes de Schweinfurth al África Central: redactados con sujeción a las memorias y relaciones del mismo doctor*, Madrid, París, Maisonneuve, Imprenta de F. Maroto e Hijos, 1877, 255 págs.

¹¹⁰ García Ayuso, Francisco, “Los descubrimientos geográficos modernos”, *El Siglo Futuro*, Madrid, 5, 6, 13, 23, 24, 27, 31 de agosto de 1895; 3, 4, 7, 9, 10, 11, 13, 15, 17, 18, 20, 24, 27, 29 de septiembre de 1895; 1, 4, 6, 11, 14, 16, 19, 21, 22, 23, 26 de octubre de 1895; 6, 11, 18, 19, 26 de noviembre de 1895.

¹¹¹ García Ayuso, Francisco, “Viajes de Livingstone al África Central”, *El Imparcial*, Madrid, 17 de enero de 1876.

¹¹² García Ayuso, Francisco, “Relato de Rofs de Trípoli a Lagos a través del desierto de Sahara”, *La Iberia*, Madrid, 16 de febrero de 1878.

¹¹³ García Ayuso, Francisco, “Viajes de Schweinfurth al África Central” y “Viajes de Match y Baines al África del Sur”, *La Época*, Madrid, 24 febrero de 1893.

¹¹⁴ Aguirre Matiol, José, *De Sagunto a Cartago o impresiones de un viaje a la corte de Túnez*, Valencia, Imprenta José Doménech, 1866, 136 págs.

¹¹⁵ Alarcón y Ariza, Pedro Antonio de, *Diario de un testigo de la guerra de África*, Madrid, s. i., 1859.

¹¹⁶ Alermón y Dorreguiz, *Descripción del Imperio de Marruecos*, Madrid, s. i., 1859.

¹¹⁷ Álvarez Guerra, Juan, *Viajes por Oriente: de Manila a Tayabas*, Manila, s. i., 1877.

OBRAS CITADAS

- ABBAS HAMED, Raouf, *Taṭawwur al-muḡtāma‘ al-miṣrī fī l-qarn al-tāsi‘ ‘aṣar* (El desarrollo de la sociedad egipcia en el siglo XIX), El Cairo, Editorial Dar Annaḥda Al Arabiya, 1988.
- AGUIRRE MATIOL, José, *De Sagunto a Cartago o impresiones de un viaje a la corte de Túnez*, Valencia, Imprenta José Domènech, 1866.
- ALARCÓN Y ARIZA, Pedro Antonio de, *Diario de un testigo de la guerra de África*, Madrid, s. i., 1859.
- ALERMÓN Y DORREGUIZ, *Descripción del Imperio de Marruecos*, Madrid, s. i., 1859.
- ÁLVAREZ GUERRA, Juan, *Viajes por Oriente: de Manila a Tayabas*, Manila, s. i., 1877.
- ASÍS URRASTAREZU, Francisco de, *Viajes por Marruecos: descripción geográfica e histórica, usos y costumbres, vida pública y privada, religión, ceremonias... de las diferentes razas o familias que pueblan el imperio. Conocido en el país por Taleb Sidi-Abel-el-Kader-Ben-Edchilali*, Madrid, R. Labajos, 1877.
- ÁLVAREZ PÉREZ, José, *Las cacerías en Marruecos: aventuras auténticas de un español*, Madrid, s. i., 1870.
- . *El país del misterio*, Madrid, s. i., 1875.
- AMOR Y MAYOR, Fernando, *Recuerdos de un viaje a Marruecos*, Sevilla, s. i., 1859.
- ARTOLA ERROIZENEA, Nemesio, *Historia Antigua y Contemporánea del canal de Suez*, Madrid, s. i., 1886.
- . “Correspondencia de Egipto”, *La Iberia*, Madrid, 17 de febrero de 1882, 20 de marzo de 1882, 11 de abril de 1882, 19 de mayo de 1882.
- . “Cartas de Egipto”, *La Iberia*, Madrid, 16, 21 de junio de 1882.
- BACARDI Y DE JANER, Baltasar de, *Itinerario del viaje verificado al Oriente en 1869*, Barcelona, Narciso Ramírez y Cía, 1870.
- . *Viajes desde el año 1830 a 1887*, Barcelona, s. i., 1870-1887.
- BADÍA Y LEBLICH, Domingo, *Alí Bey por África y Asia durante los años 1803-1807*, Valencia, Imprenta José Ferrer de Orga, 3º volúmenes, 1836.
- . *Viajes de Alí Bey el Abbasi*, Madrid, Editorial Compañía Literaria, 1996.





- BALBÍN DE UNQUERA, Antonio, *Arqueología egipcia*. Discursos leídos ante la Academia Real Española de Arqueología y Geografía del Príncipe Alfonso en el acto solemne de la inauguración del año académico 1868, Madrid, s. i., 1868.
- BARDÓN Y GÓMEZ, Lázaro, *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez*, Madrid, Imprenta de R. Labajos, 1870.
- BERNAL DE O'REILLY, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, Prólogo de Mesonero Romanos, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, Imprenta de J. M. Pérez, 1 volumen, 1876.
- BURTON, Richard, *Peregrinación a la Meca*, Traducción de Esteban Hernández y Fernández, Madrid, 2 vols., Biblioteca madrileña, 1874.
- . *Los grandes Lagos de África: viaje de exploración en el África Oriental*, Traducción de Esteban Hernández y Fernández, Madrid, Biblioteca madrileña, 1874.
- BUSTO Y GARCÍA-RIVERO, Laureano del, *Notas de un viaje por Egipto, Palestina, Libia, Turquía, Hungría-Austria*, Gijón, 1898.
- CLAYTON, Peter A, *The Rediscovery of Ancient Egypt. Artist and Travellers in the 19th Century*, London, Published by Thames & Hudson, 1984.
- CUESTA, Vicente, *Viaje a Tierra Santa*, s. i., 1870.
- EDWARD, Amalia B., *Mil millas Nilo arriba* (traducción y prólogo de R. Pujol), Barcelona, Editorial Turismapa, 2003.
- FEREIRE BARREIRO, Francisco, *Egipto*, libro escrito en colaboración con José María Fernández Sánchez, Santiago, Seminario Conciliar (1880-1882).
- GARCÍA AYUSO, Francisco, *Viajes de Livingstone al África Central desde 1840 a 1873*, Madrid, Imprenta de F. Maroto e Hijos, 1876.
- . *Los descubrimientos geográficos modernos en África y en el Polo Norte*, Madrid, s. i., 1977.
- . *Viajes de Match y Baines al África del Sur: redactados con sujeción a las memorias y relaciones del mismo doctor*, Madrid, Imprenta de F. Maroto e Hijos, 1877.
- . *Viajes de Schweinfurth al África Central: redactados con sujeción a las memorias y relaciones del mismo doctor*, Madrid, París, Maisonneuve, Imprenta de F. Maroto e Hijos, 1877.
- . “Los descubrimientos geográficos modernos”, *El Siglo Futuro*, Madrid, 5, 6, 13, 23, 24, 27, 31 de agosto de 1895; 3, 4, 7, 9, 10, 11, 13, 15, 17, 18, 20, 24, 27, 29 de septiembre de

- 1895; 1, 4, 6, 11, 14, 16, 19, 21, 22, 23, 26 de octubre de 1895; 6, 11, 18, 19, 26 de noviembre de 1895.
- . “Viajes de Livingstone al África Central”, *El Imparcial*, Madrid, 17 de enero de 1876.
 - . “Relato de Rofs de Trípoli a Lagos a través del desierto de Sahara”, *La Iberia*, Madrid, 16 de febrero de 1878.
 - . “Viajes de Schweinfurth al África Central” y “Viajes de Match y Baines al África del Sur”, *La Época*, Madrid, 24 febrero de 1893.
- GARRIGUES, Emilio, “Un desliz diplomático. La paz hispanoturca”, *Revista de Occidente*, Madrid (1962), prólogo de E. García Gómez, pp. XV-XVI.
- GONZENBACH, E. V., *Viaje por el Nilo. Grabados intercalados en el texto dibujados por R. Mainella*, Traducido por D. C. Wellenkamp, Barcelona, Montaner y Simón, 1890, p. 332.
- GARCÍA DE QUEVEDO, José Heriberto, “El Cairo”, *Semanario Pintoresco Español*, Madrid (1848), pp. 178-180.
- . “Las Pirámides”, *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, (1848), pp. 202-203.
 - . José Heriberto, “Recuerdos de viaje”, *Semanario Pintoresco Español*, Madrid (1848), pp. 220-222 y 228-230.
 - . “Viaje desde Alejandría (Bajo Egipto) hasta las Pirámides de Djeesa por Roseta”, *Semanario Pintoresco Español*, Madrid (1848), pp. 147-148.
- GARCÍA LÓPEZ, Rafael, “Egipto, recuerdo de un viaje por este país, guiado por un anciano turco”, *La España*, Madrid, 30 de junio de (1860).
- GREGORIO Y ESPALA, Andrés, *Del Manzanares al Nilo y al Jordán*, Madrid, s. i., 1870, p. 140.
- HANNING SPEKE, John, *Las fuentes del Nilo*, Diario del viaje extractado y traducido por E. H. F., Madrid, Murcia y Martí, Imperenta de la Galería Literaria, 2 vols, Biblioteca Madrileña, 1875, pp. 127-128.
- HANNING SPEKE, John, *Viaje de los capitanes Speke y Grant de Zanzíbar a Alejandría*, Valencia, s. i., 1876, p. 222.
- LAFUENTE, Modesto, en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia en el año 1853, decía: “nos lo presentaron por espacio de siglos nuestros antiguos cronistas e historiadores como un pueblo inculto, bárbaro y grosero, mirándolo y haciéndolo mirar solo por el prisma de la religión”, en *Discursos leídos en la sesión pública de la Real Academia de la Historia en la recepción de Don Modesto*





- Lafuente*, Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1853, p. 9.
- LAGUNA, Marcos, *Viaje de los señores duques de Madrid a Egipto y Palestina*, Madrid, Imprenta Vda. de Minuesa y Ríos, 1895.
- LATOUR, Antoine de, *Viaje de S. A. R. Serenísimo duque de Monpensier a Túnez, Egipto, Turquía y Grecia*, Cartas traducidas por Pedro L. A. Dupoy, Sevilla, El independiente, 1849.
- LITVAK, Lily, *El jardín de Aláh. Temas de exotismo musulmán en España (1880-1913)*, Granada, Don Quijote, 1985.
- . *El sendero del tigre, Exotismo en la literatura española de finales del siglo XIX, 1880-1913*, Madrid, Taurus, 1986.
- . *El Ajedrez de Estrellas. Crónicas de viajeros españoles del siglo XIX por países exóticos (1800-1913)*, Valladolid, Editorial Verde Lis, 2013.
- LÓPEZ GRANDE, María José, *Configuración y exhibición de la colección de antigüedades egipcias del Museo Británico. Los primeros años: 1756-1924*, Madrid, Editor Universidad Autónoma de Madrid. Departamento de Historia Antigua, Centro Superior de Estudios de Asiriología y Egiptología, 2001.
- . *Aventureros, sabios y arqueólogos a la orilla del Nilo. El redescubrimiento del antiguo Egipto*, Madrid, Sociedad Geográfica Española, 2002.
- . *El viaje a Egipto. Primeros viajeros españoles y primeras miradas de la investigación española hacia las tierras del Nilo*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2004.
- . *Relatos y estampas de los viajeros del siglo XIX*, Madrid, Platea, 2004.
- MORALES LEZCANO, Víctor, *España y la Cuestión de Oriente*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1992.
- MASIÁ LUCAS, Hugolino, *Cartas sobre los sucesos acaecidos en Egipto durante el período de la última guerra*, Barcelona, Editorial Jesús, 1883.
- MEULENAERE, Philippe de, *Bibliographie raisonnée des témoignages oculaires imprimés de l'expédition d'Égypte*, París, s. i., 1993.
- MORITZ EBERS, George, *Egipto*, una obra traducida del alemán por Antonio Bergnes de las Casas, revisada y corregida por Cayetano Vidal Valenciano, Barcelona, Espasa y Cía, 1882, 2 vols.
- . *El Mundo Ilustrado: biblioteca de las familias: historia, viajes, ciencia, artes y literatura*, Traducido del alemán por Antonio Bergnes de las Casas, Barcelona, T. 1, 1879.

MORENO DE LA TEJERA, Vicente, *Diario de un viaje a Oriente: Argel, Nápoles, Pompeya y el Vesubio, Sicilia, Grecia, el Archipiélago, Turquía y Egipto: viaje verificado a bordo de la fragata de guerra Arapiles*, Madrid, Imprenta Manuel Martínez, 1877.

NAVARRO MORGADO, Joaquín, *Paseo de la fragata Berenguela por el canal de Suez*, Madrid, s. i., 1870.

MASIÁ Y LUCAS, Hugolino, *Los ritos orientales*, Madrid, s. i., 1883.

—. *Cartas sobre los sucesos acaecidos en Egipto durante el periodo de la última guerra*, Barcelona, Imprenta de Jaime Jesús, 1883.

—. “Egipto”, *La Iberia*, Madrid, 5 de agosto de 1882.

—. “Los ritos orientales”, *La Iberia*, Madrid, 20 de noviembre de 1883. También en Masía y Lucas, Hugolino, “Los ritos orientales”, *El Siglo Futuro*, Madrid, 2 de enero de 1884.

—. “La guerra de Egipto”, *El Siglo Futuro*, Madrid, 2 de enero de 1884.

OLIVÉ, Pedro María de, *Minerva: nueva descripción de Tierra Santa*, Madrid, Imprenta de Núñez, 1817.

—. *Minerva: nueva descripción de Tierra Santa*, 2ª ed., Madrid, Imprenta de Núñez, 1828, 2 vols.

ORTIZ DE ZÁRATE, Domingo, *Viaje por el istmo de Suez desde China a Europa*, Manila, Colegio de Santo Tomás, 1848.

PÉREZ REOYO, Narciso, *Viaje a Egipto, Palestina y otros países de Oriente*, Lugo, Imprenta de Soto Freire, 1882-1883, 3 vols. Grab. y map.

—. “Viaje a Egipto, Palestina y otros países de Oriente”, *La Época*, Madrid, 14 de abril de 1884.

PONS MELLADO, E., *El redescubrimiento de Egipto por españoles: las primeras colecciones del Museo Arqueológico Nacional*, en Córdoba Zoilo, J. M., y Jiménez Zamudio, R., y Sevilla Cueva, C., *El Redescubrimiento de Oriente Próximo y Egipto. Viajes, hallazgos e investigaciones* (Supplementa ad Isimu. Estudios Interdisciplinarios sobre Oriente Antiguo y Egipto, II Series: Acta et Symposia, vol. I), Madrid, 2001, pp. 295-307.

PRAT DE LAMARTINE, Alphonse Marie-Louis de, *Viaje a Oriente*, Traducido al castellano por Alfredo A. Camas, Córdoba, Moguer y Martí, 1840, I Volumen.

—. *Viaje a Palestina*, Valencia: J. M. Cervera, 1844, 4 volúmenes.





- RIÑO Y MONTERO, Juan Facundo, “Apuntes sobre Egipto”, *La Revista de España*, Madrid, Tomo 1, 14 de junio de 1870, p. 390.
- RIVADENEYRA, Adolfo, *Cartas sobre la Siria y la Isla de Ceylán*, Madrid, Imprenta M. Rivadeneira, IX, 1871, p. 398.
- . *Viaje al interior de Persia*, Madrid, Aribau y Cía, 1880, 3 vols.
- . “Beirut y Damasco”, *La Época*, Madrid, 25 de agosto de 1865.
- . “Un viaje por Siria”, *La Época*, Madrid, 4 de marzo de 1865.
- . “La Mezquita de Hebrón”, *La Esperanza*, Madrid, 16 de diciembre de 1867.
- . “Viaje de Ceylán a Damasco”, reseña crítica por Francisco M. Tubito, *La Ilustración de Madrid*, Madrid, Año 2, número 40 (agosto de 1871), pp. 251-253.
- . *Revista Cricón científico popular: revista para todos de novedades y progresos científicos e industriales, notables, que ofrecen universal interés e importancia*, Madrid, Imprenta de Manuel Tello (1872), pp. 444-445.
- . “Viaje al interior de Persia”, *La Correspondencia de España*, Madrid, 9-31 de julio de 1882; 1-31 de agosto de 1882; 1-31 de septiembre de 1882; 1-31 de octubre de 1882; 1-30 de noviembre de 1882; 1-31 de diciembre de 1882; 1-20 febrero de 1883.
- REEVES, N. & WILKINSON, R. H., *Todo sobre el Valle de los Reyes. Tumbas y tesoros de los principales faraones de Egipto*, Barcelona, s. i., 1999, pp. 52-53.
- ROMER, J., *Los últimos secretos del Valle de los Reyes. Una singular aventura arqueológica*, Barcelona, s. i., 1985, pp. 39-40.
- SAAVEDRA, Eduardo, “Viajes. Las fiestas de inundación en Egipto”, *La academia: Semanario Ilustrado Universal*, Madrid, T. 2, número 6, agosto de 1877, pp. 83-86.
- SAID, Edward W., *Orientalismo*, Barcelona, Imprenta Liberduplex, 2008.
- SANTOS OTERO, Aurelio, *Los evangelios apócrifos. Colección de textos griegos y latinos. Versión crítica, estudios introductorios y comentarios*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1991.
- SANTOS Y ATAURI, Eusebio, *Diario del viaje desde Madrid a Manila en las islas Filipinas por la vía del istmo de Suez que de orden del gobierno de S. M. hizo a principios de 1844*, Madrid, Imprenta Memorial de Ingenieros, XVIII, 1851, 112 págs.

- SCHEIDNAGEL, Manuel, *Paseos por el mundo*, segunda edición, Corr. y Aum., Manila, Chfre y Cía, 1888, 300 págs.
- . *Aquende y allende de Suez*, con un prólogo de Juan Puerta y Vizcaíno, Madrid, Ramón Angulo, ca. 1890, VIII, 174 págs.
- SEPÚLVEDA Y RAMOS, Francisco, “El Cairo”, *El Museo de las Familias*, Madrid, Tomo 8 (1850), p. 252.
- SOUSA, Pedro, *Siete años en África: aventuras de un renegado... en Marruecos, Argelia, el Sahara, Nubia, Abisinia*, Madrid, Cuesta, s. a.
- STANLEY, Enrique M, *En el África tenebrosa: historia de la expedición emprendida en busca y auxilio de Emin gobernador de la provincia ecuatorial Egiptia*, Traducido por José Coroleu, Barcelona, Espasa y Cía, 1891, 2 h., XX, p. 840.
- . “El Continente misterioso”, Traducido del inglés por Mariano Blanch. *El Mundo Ilustrado: biblioteca de las familias: historia, viajes, ciencias, artes, literatura*, Barcelona, T. 1, 1879.
- TODA Y GÜELL, Eduardo, *A través de Egipto*, Madrid, Ilustraciones de José Riudavets, El Progreso, 1889, XI, 470 págs.
- . “Lo Califa Hakin: (Egipto)”, *Ilustració catalana*, Barcelona, número 114, julio de 1884, pp. 195-202.
- . “La fiesta de Mahmal: (Egipto)”, *Ilustració catalana*, Barcelona, número 119, septiembre de 1884, pp. 282-283.
- . “La felahina: (Egipto)”, *Ilustració catalana*, Barcelona, número 125, diciembre de 1884, pp. 371-374.
- . “El Sr. Toda en Egipto”, *Revista de Geografía Comercial*, Madrid, número 25-30, julio-septiembre de 1886, págs. 78-81.
- . “Excursiones por el Bajo Egipto”, *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, Madrid, Año 11, t. 21, número 3, septiembre de 1886, pp. 237-245.
- . “A través del Rif”, *Revista de Geografía Comercial*, Madrid, número 31, enero de 1887, pp. 127-128.
- . “Españoles en Egipto”, *Revista de Geografía Comercial*, Madrid, número 35, abril de 1887, pp. 246-247.
- . “A través de Egipto”, *El Imparcial*, Madrid, 12 de agosto de 1889.
- . “La vida en el celeste imperio”, *La Época*, Madrid, 15 de abril de 1892.
- TORRIJOS, Manuel, *El imperio de Marruecos, su historia, geografía, topografía, estadística, religión, costumbres, arte*, Madrid, Biblioteca de la Ilustración Universal, 1859.



